

**P. ÁNGEL PEÑA O.A.R.**

**EL PADRE LAMY Y LOS ÁNGELES**

**LIMA – PERÚ**

**EL PADRE LAMY Y LOS ÁNGELES**

**Nihil Obstat**  
**Padre Ricardo Rebolleda**  
**Vicario Provincial del Perú**  
**Agustino Recoleta**

**Imprimatur**  
**Mons. José Carmelo Martínez**  
**Obispo de Cajamarca (Perú)**

**LIMA – PERÚ**

## ÍNDICE GENERAL

### INTRODUCCIÓN

#### PRIMERA PARTE: INFANCIA Y JUVENTUD

Primeros años.

Servicio militar.

Seminarista.

#### SEGUNDA PARTE: SACERDOTE

Sacerdote.

Confesor.

Apostolado.

Párroco.

La guerra.

#### TERCERA PARTE: LOS SANTOS Y LOS ÁNGELES

La Virgen María.

Aparición de San José.

San Gabriel.

Los ángeles.

#### CUARTA PARTE: DONES SOBRENATURALES

Carismas: a) Agilidad.

b) Hierognosis. c) Visión de Jesús.

d) Visión del futuro. e) Profecía.

f) Conocimiento sobrenatural.

g) Lucha contra el maligno.

#### QUINTA PARTE: EL FIN DE SU VIDA

Últimos años.

La Congregación.

### CONCLUSIÓN

### BIBLIOGRAFÍA

## INTRODUCCIÓN

La vida del padre Eduardo Lamy es una vida extraordinaria. Veía con mucha frecuencia a la Virgen María, a san José, al arcángel san Gabriel, a su ángel custodio y a muchos ángeles. Dios le concedió la gracia de poder vivir en carne propia la realidad maravillosa de la comunión de los santos y poder contar sus experiencias para nuestro provecho y bendición.

Los relatos sobre su vida fueron recogidos minuciosamente por el conde Paul Biver, su gran amigo, a quien le contaba con confianza muchas de sus experiencias.

Después de la muerte del padre Lamy, el conde escribió su gran obra basada sobre los relatos recibidos del mismo padre Lamy. Este libro se titula en francés *Apôtre et mystique, le Père Lamy* y ha sido traducido al español en Argentina con el título *Padre Eduardo Lamy, evangelizando periferias*.

Podemos alegrarnos de leer en este libro experiencias sobrenaturales, que nos ayudarán a creer más en las verdades que la Iglesia nos enseña y poder así crecer más en santidad.

**Nota.-** *Apuntes* se refiere a una serie de páginas manuscritas en francés por el conde Paul Biver y que completan en cierta medida los relatos de su libro.

Nosotros citaremos el libro en español, *Evangelizando*, corrigiendo algunas expresiones o palabras para entender mejor el verdadero sentido del texto.

## PRIMERA PARTE INFANCIA Y JUVENTUD

### PRIMEROS AÑOS

Veamos lo que el mismo padre Eduardo Lamy dice de sí mismo según el libro del conde Paul Biver: *Me llamo Juan Eduardo. Mi padrino, el hijo de mi tío, se llama Juan Bautista. Nací el 22 de junio de 1853 y fui bautizado al día siguiente. Mi padre cultivaba la tierra y era albañil. Su familia era de Violot. Vivía en una vieja casona con una escalera floreada...*

*Teníamos una vieja imagen de san Pedro, que había estado en la iglesia del convento de Grossesauve. Mi tía María le tenía una gran devoción y, cuando había fiesta en Violot, lo adornaba con grandes margaritas.*

*Mi madre, Marie Jeannine, era de Le Pailly. Mi padre, Juan Federico, había venido a vivir a Le Pailly, a la casa de los Jeannine, después de su matrimonio, celebrado el 28 de enero de 1852. La casa, cerca de una cruz de piedra, nos pertenecía. Era de mi abuela Margarita Chanson...*

*La cruz, cerca de la casa, fue levantada por mi abuelo Chanson. Había cruces de piedra, a la entrada y a la salida de cada pueblo. La región de Haute-Marne debe a sus antiguos monjes el haber conservado la fe. Todas las costumbres eran piadosas. Cuando había varias personas, la gente saludaba: "Buenas noches, y buenas noches a la compañía". Aunque estuvieses solo, "Buenas noches, fulano, y buenas noches a la compañía". La costumbre era saludarte, pero saludar también a tu santo ángel custodio".*

*Sí, ahora todo está silencioso en estas campiñas donde antes se escuchaba cantar casi continuamente. Por mi parte, cantaba de la mañana a la noche, como un ruiseñor. Cantábamos cánticos, viejos cantos. Se escuchaba la voz de los jóvenes que cantaban y la de los viejos que contestaban. Nos contestábamos desde la colina hasta el valle. Ahora, ya no se canta más. Sí, en todas partes se cantaba, y los abuelos también. Mi abuelo se llevaba al campo su libro de los Oficios, las Horas canónicas, el Oficio mayor. Teníamos una traducción francesa. Mi abuelo se lo llevaba a las viñas, y no era el único.*

*Mi abuela había escondido a sacerdotes que no juramentaron fidelidad a la República en la Revolución francesa. Si no me equivoco, el padre Blanchard había pertenecido a los monjes de Grossesauve. Era un sacerdote santo y lleno de celo, llevaba los sacramentos a todas las parroquias vecinas. Dormía encima del horno de la casita: allí había una cama disimulada, que se escondía con una*

*cortina. Otro sacerdote también venía frecuentemente a descansar ahí. De su nombre no me acuerdo. Estaban de paso: se acostaban ahí, y no podían verlos. Ella amontonaba delante sus sábanas u otras cosas. Una vez mi abuela lo escondió en nuestra casa antigua, detrás de la leña, y él se escapó ese día. Pero lo apresaron en los bosques, y lo guillotinaron en Langres. Mi abuela iba al mercado llevando su cesta. Ella se arrodilló, cuando pasó el condenado; y recibió su bendición.*

*En casa todos besábamos el crucifijo antes de ir a la iglesia. En la fiesta de “Todos los Santos”, rezábamos los salmos en casa. ¡Cuántas veces, los Viernes Santos, desenterré salsifíes (raíces comestibles). Los comíamos crudos en el campo y nunca tuvimos un día con carne en Semana Santa. Los canastos, las palas y las talegas estaban ordenadas en la puerta de la iglesia e íbamos al Oficio. Cuando íbamos a cuidar las vacas y no podíamos ir a los Oficios, teníamos nuestro libro y cantábamos. ¡Cuánta alegría y encanto había al caer la noche y escuchar a los pequeños que volvían cantando, lo mismo que los hombres y los ancianos que venían, apoyados sobre sus bastones. ¡No se cantaban tonterías!...*

*Fui monaguillo y serví a misa al venerable padre Martin Huin, el sobrino de nuestro párroco. ¡Y muchas veces a Monseñor Darboy! Lo quería mucho. Me daba dos francos cada vez que le ayudaba, lo que era bastante para un muchacho como yo<sup>1</sup>.*

*Sentí mi vocación el día de mi primera comunión. Mis padres habían guardado dinero para el Seminario y mi madre me había preparado una dote, pero todo fue destruido por un incendio que arruinó a mi familia. La noche del domingo 10 de agosto de 1869, se incendió la casa de Juan Claudio Henriot y de Clara Chanson, su esposa...*

*Ese día yo me había atrasado un poco en el pueblo al volver de la iglesia después de la oración. Mi padre me llamó con un silbido para la cena. Empezamos la sopa. Llamaron, pero no pensamos que fuera para nosotros. Mi madre salió. El fuego había comenzado en el chiquero. En ese momento, dos hombres hubiesen podido apagar el fuego, si hubieran estado allí. ¿Qué hacer? Había que ir a buscar agua al castillo: ¡Era perder el tiempo! Todo se quemó, hasta la casa de enfrente. Hasta nuestra colmena, que estaba más o menos en el lugar de la casa actual. Las aves del corral, ya acostadas, se quemaron y el cerdo tuvo una gran quemadura en el lomo. Huyó a la viña. Lo recuperamos más tarde y lo matamos. No se pudo sacar nada: todo se perdió. El viento elevaba las llamas sobre nosotros y apenas tuvimos tiempo de salvar las vacas. Además de*

---

<sup>1</sup> Evangelizando, pp. 25-29.

*las vacas, pudimos salvar una puerta de un ropero y una mesa, una mesa antigua con patas torneadas.*

*También salvamos las tazas, que había regalado la emperatriz Josefina al tío Miot de Mérito (conde y noble de Francia), un tío de mi abuelo. Después del desastre, fuimos a vivir a la casa construida por el capitán Rouillé, esa casa grande que hace ángulo un poco más abajo de la calle; pertenecía a la familia Normand. Ahí estuvimos ocho meses, desde el 10 de agosto hasta casi la fiesta de san Juan...*

*Mi padre, que era albañil, reconstruyó la casa. Mi madre se volvió a proveer, comprando en las ventas. Y en el verano de 1870, estábamos ya en casa<sup>2</sup>.*

## **SERVICIO MILITAR**

El joven Lamy fue llamado al ejército y estuvo asignado al 91 regimiento de infantería. Llegó al cuartel el 7 de enero de 1875. Lo nombraron cabo el 10 de noviembre de 1876 y sargento el 4 de marzo de 1878. El 7 de octubre de ese año fue dado de baja. Durante el tiempo de servicio militar, una carga de pólvora le explotó en el ojo derecho y perdió la vista de ese ojo.

En cuanto a su vida afirma: *He vivido como todos los demás soldados. Fundamos el grupo de la Legión de San Mauricio. Reclutábamos a buenos jóvenes. Tres veces a la semana teníamos reunión con oración y lectura espiritual<sup>3</sup>.*

*Cuando volví a casa del ejército, mi padre había acordado otro año más de trabajo para mí. No quise negarme, pero eso me llevó hasta los veintiséis años. Quería ser sacerdote, pero ¿a dónde ir? Antes del incendio, mi padre había hecho trámites en el Seminario menor de Langres. Ni pensar en ir al Seminario de Langres, no había manera, ¡había ciento dieciocho alumnos!<sup>4</sup>.*

---

<sup>2</sup> Ib. pp. 41-43.

<sup>3</sup> Evangelizando, p. 45.

<sup>4</sup> Ib. p. 46.

## SEMINARISTA

*Dos jóvenes de mi región, que habían llegado a ser oblatos de San Francisco de Sales en Troyes, se ofrecieron a presentarme. Los oblatos me prometieron ayuda para llegar al sacerdocio, si suscribía un compromiso de quince años con ellos. Viniendo de Le Pailly, hice tres meses de prueba, después quisieron que dirigiera la Obra de la Juventud. Nadie lo había querido. Me quedé diecisiete años; al principio con el padre Fischer, director de la Obra, después, yo mismo como director. Allí fue que llevé durante nueve años la vida de seminarista<sup>5</sup>.*

*Estudiaba cuando podía. Sólo tenía tiempo por la noche. Llevaba dos cursos: uno de teología y otro de latín, el martes y el viernes respectivamente... Quería ser sacerdote, pero no me veía con las cualidades necesarias...*

*Estaba desesperado. Y ahí fue cuando se me apareció san José. El afianzó mi vocación. Era en Troyes, en la capilla de Nuestra Señora de la Santa Esperanza, en los primeros días de marzo. Me habló durante un buen rato y fortaleció mi vocación. Él me dijo: "Sea sacerdote. ¡Sea un buen sacerdote!". Eso no quiere decir que lo haya sido, pero hice todos los esfuerzos posibles para llegar a serlo. "¡Sea sacerdote!". Fue imperativo (con un tono muy firme, y adelantando la mano como para jurar). Era de noche. Los jóvenes acababan de irse.*

*Después que ellos se iban, yo iba por todos los rincones, revisaba las ventanas, para ver si estaban bien cerradas. Había un farol a gas que alumbraba tenuemente, que poco antes había quedado prendido durante la oración. Vi a San José ante el primer pilar de la derecha, en la nave derecha. Y estaba de rodillas sobre el reclinatorio y san José de pie sobre el piso, al lado de la columna. Era luminoso por sí mismo. El santo estaba glorioso. Así fue como lo vi: san José debía de tener más de sesenta años. Su barba era como su pelo; no era calvo, sino muy canoso. Tenía un vestido tostado con algo alrededor del cuello que formaba un pliegue que colgaba en la parte delantera. Era un hábito muy grueso. Creo que tenía un cinturón. La santísima Virgen dice de él, "mi santo esposo", y la palabra "santo", en su boca, es algo muy llamativo. San José se me presentó descalzo, igual que lo hacen siempre la santísima Virgen y Nuestro Señor. Poco después, recibí las órdenes menores. Fue san José el que me anunció mi partida de Troyes, sin darme ninguna precisión. Pasaba mis exámenes cada mes en San Bernardo con el padre Desboeufs, de Langres, que*

---

<sup>5</sup> Ib. pp. 46-47.



*no me tenía por un santo, porque yo era muy mal alumno. Fui preparado al sacerdocio por el padre Rolin, de Chalindrey, religioso en San Bernardo* <sup>6</sup>.

## **SEGUNDA PARTE SACERDOTE**

### **SACERDOTE**

*Recibí las órdenes menores en Chevilly, el subdiaconado en Chevilly, el diaconado en la calle du Bac, en la capilla de las Missions Etrangères y el sacerdocio en la capilla de los Lazaristas, delante de la tumba de san Vicente de Paúl. ¡Cuando uno se encuentra delante de un gran santo como él, cuyo cuerpo se conserva ahí, uno se siente tan pequeño! ¡Cuántas virtudes que nunca alcanzaremos! ¡Cuántas historias para contarle! ¡Cuántas cosas para pedirle! Celebré mi primera misa solemne en Nuestra Señora de Santa Esperanza, y en Le Pailly; mi primera misa solemne parroquial.*

*No le tenía miedo al obispo: era de un corazón de oro. Muchas veces me decía: “Hay dos hombres en la ciudad de Troyes, usted conoce uno y yo conozco al otro”. Yo cenaba a menudo con él. No había que pelearse, sino hacerlo reír. Yo tenía una situación bastante delicada; era el confesor de todos los niños de la ciudad, confesaba en todas partes. Pero no tenía confesonario en la catedral de San Pedro y tampoco iba a San Nizies, ni a San Martín de las Viñas, salvo algunas excepciones. Además de la Obra, me encargaba de una Obra de chicas en San Nicolás y de las mujeres arrepentidas en Foissy. Siempre me encargaban nuevos trabajos y nunca me los quitaban* <sup>7</sup>.

### **CONFESOR**

*Confesaba en un rincón donde no podía vigilar a los chicos. Instalamos el confesonario, pero no a todos les gustaba ir. Me costó mucho acostumbrar a los más pequeños. A los alumnos, los confesaba en la tribuna de donde yo podía mirar. Veía a los que cumplían la penitencia y la manera como la hacían. ¡Dios mío, qué cantidad de confesiones! A muchos les suprimía el “Confiteor” y reducía todo a lo esencial. Los jueves por la mañana confesaba desde las nueve hasta el mediodía; y, a la una volvía a abrir la Obra. Para los mayores, en las vísperas de las fiestas, cuando muchos se iban de Troyes con sus familias, yo pasaba las noches confesando. Había algunos que se confesaban y comulgaban*

---

<sup>6</sup> Ib. pp. 51-53.

<sup>7</sup> Ib. pp. 53-54.

*a la una de la mañana y tomaban el tren. Siempre había en mi casa café caliente, pan y algo de queso: así no se iban en ayunas. Durante la noche, daba la comunión cada cuarto de hora, hasta las siete. Entonces me lavaba y, para no quedarme dormido durante la misa, ponía la cabeza en un balde de agua fría. Y también estaban los que llegaban tarde. Tenía que celebrar misa a las siete y, a las siete menos cuarto, a veces había nueve o diez. Eran las siete y cuarto, o y veinte, cuando empezaba la misa. Los otros se ponían impacientes, empezaban los cánticos y la oración. No hablaba mucho tiempo y, además, tenía los labios tan resecos que sangraban. A veces, de noche, en el confesionario, cuando estaban los mayores, les pedía que me fueran a buscar uno o dos vasos de agua fresca, y así la cosa iba mejor, pero no siempre era así.*

*A veces confesé entre doscientos cincuenta y doscientos ochenta muchachos. Cuando eran domingos comunes, había treinta o cuarenta jóvenes. Les daba dos minutos para confesarse. Pasé noches enteras en el confesionario. Al final, confesaba en la tribuna para tener aire <sup>8</sup>.*

## **APOSTOLADO**

*Nuestros 500 jóvenes tenían toda clase de juegos: hamacas, torniquetes, pasos de gigantes, dos billares. Ellos se movían mucho y rompían la ropa. Yo les remendaba los pantalones, los chalecos, las mangas, etc. El hermano Nicostrate me decía: “¡Usted nació con una aguja en la mano!”. Y eso parecía. Yo era organista. El padre Rémion había nombrado organista en San Nicolás a uno de mis jóvenes, Folias. Cantábamos muchos cánticos en la Obra. Teníamos un coro, que no era malo, y que iba a las parroquias los días de fiesta con una banda. Eran unos treinta cantantes por lo menos, y con la banda unos cuarenta y cinco.*

*En Troyes, empecé con novecientos francos, acudía a la providencia por la mañana y por la tarde: tenía cuentas que pagar y por otra parte no podía quedarme insensible ante tantas miserias. ¡Cuántas veces Dios vino en mi ayuda! En un momento en que no quedaba ni un céntimo para comprar pan, me mandaron el dinero de dos misas. En otra circunstancia, teniendo que alimentar cuatro o cinco chicos durante un tiempo y, no pudiendo proveerles sino de pan duro, una extraña, totalmente desconocida para mí, mandó un enorme jamón. Yo no me animaba a pedir misas en ninguna parroquia, porque el clero era muy formal. A veces el párroco de la Madeleine me daba algunas, pero en secreto, sin decirlo a sus vicarios. Yo era joven y fuerte: un día de ayuno, enseguida pasaba. Lo más difícil era el pan. Lo comprábamos en Rossignol, calle San Nizier.*

---

<sup>8</sup> Ib. pp. 54-55.

*El buen párroco de San Nicolás decía: “¿Cómo se las arregla usted?”. “Yo no me las arreglo: ¡me hundo! Comía pan por ochenta francos por mes. De Saint-Parre me venían las alubias. Me salían baratas. Es cierto que eran a menudo los desechos. Se los compraba a una buena mujer que las cultivaba. Ella daba a uno de mis chicos dos kilos de alubias o de garbanzos por día. Los echaba en agua caliente: todos los gusanos subían a la superficie y yo los colaba. Mis jóvenes no eran exigentes. Una buena mujer me daba grasa de ternera, no muy cara, a sesenta céntimos la libra... Casi todos los domingos tenía 40 jóvenes para cenar. Y muchas veces los jueves también”<sup>9</sup>.*

*Del patronato salieron 23 sacerdotes, cuando yo estaba allí. Cierta número fue al clero secular y unos cuantos a las Órdenes o Congregaciones<sup>10</sup>.*

*Una vez había una manifestación pública en Troyes. Eran unos tres mil. Me avisaron para llevar los últimos sacramentos al párroco de Santa Sabina que estaba moribundo. Lo más difícil fue pasar el puente del ferrocarril. La gente decía: “”Ahí viene un cura”. Uno de mis jóvenes me vio y gritó: “No es un cura, es el padre Lamy”... Después encontré un control de la policía y el teniente me dijo: “¿Qué hace usted aquí?”. “¿Y usted?”. “Cumpló ni deber”. “Yo también: voy a administrar los sacramentos a un moribundo”. Pude seguir mi camino. Le di los sacramentos y se repuso<sup>11</sup>.*

El padre Lamy estuvo seis meses de vicario parroquial en Gueret en 1892. Después lo nombraron vicario parroquial en Saint Ouen de 1892 a 1900. Allí habían asaltado a un sacerdote y le habían quitado hasta las hebillas de los zapatos y el breviario. Él estuvo sin problemas. Como era buen músico, en la parroquia organizó un buen coro y cantaban en latín y en francés.

---

<sup>9</sup> Ib. p. 58.

<sup>10</sup> Ib. p. 67.

<sup>11</sup> Ib. pp. 69-70.

## PÁRROCO

El 14 de septiembre de 1900 fue nombrado párroco de La Courneuve. Dice: *¡Estaba tan triste en La Courneuve cuando llegué! No había ni cantor ni monaguillo y poca, poca asistencia a los Oficios. No se rezaban las vísperas. Durante mis primeros sermones, los feligreses conversaban entre ellos. Poco a poco reaccioné. Les decía a mi llegada a La Courneuve: “Vendan sus manzanas, vendan sus nabos: les doy dos minutos para hacerlo, pero escuchen la palabra de Dios”. Tanto les dije que pronto escucharon el sermón en silencio.*

*Al comienzo en La Courneuve, había únicamente hortelanos. Yo era el párroco más feliz de Francia: me ofrecían zanahorias, cebollas, repollos. Volvía rezando el breviario con una bolsa de zanahorias debajo del brazo o un repollo colgando del cuello. Cuando llevaba el santo Viático, me pedían que los bendijera y se ponían sencillamente de rodillas en sus terrenos. Cuando iban al campo, cerraban la puerta. A veces, he confesado a enfermos por la ventana, incluso cerrada, a través del vidrio. Gritábamos a más no poder. Cuando llevaba el santo Viático, me traían a los chiquitos para bendecirlos. Les preguntaba: “¿Está bautizado?”. “Todavía no”. “Lo bendigo con la condición que me lo traigan el domingo” y acordábamos el día del bautismo.*

*Los domingos, me levantaba a las cinco y media y bajaba a las seis. A veces me levantaba a las cinco o antes. Un poco de meditación, el Oficio, las confesiones. Después de eso, la primera misa a las ocho con breve enseñanza y, enseguida, después de la misa, el catecismo. No tenía ni siquiera tiempo para una acción de gracias entre la primera y la segunda misa. Catecismo hasta las diez. La oración de la mañana, que hacía con los niños, servía a los feligreses. Y esto les ayudó a muchos a retomar la oración. Yo les manifestaba cuánto quería que se rezase en familia.*

*A las diez, misa solemne y sermón, después los bautismos: siempre había varios. A la gente le gustaba venir en ese momento, entre la misa solemne y las Vísperas. Después del almuerzo, volvía a la iglesia y hacía una acción de gracias muy breve, e iba a la plaza con los chicos. Ellos jugaban, mientras yo me quedaba apoyado contra el porche. A la una y media, rosario: cinco decenas con un pequeño cántico al inicio. Las letanías de la Virgen. Luego, instrucción a las jóvenes en la iglesia. “¡Qué cantidad de instrucciones daba!”.*

*A las dos, Vísperas, y a continuación la bendición del Santísimo Sacramento. Luego entierros o continuación de los bautismos y me iba a los patronatos. El de las chicas era en la calle Villot y el de los varones en la calle de la Convention, 63. Apenas quedaba libre, iba al patronato de los varones...*

*Saliendo del patronato, tenía que caminar un kilómetro para regresar; y vigilaba las calles sin parecerlo. Llegaba a la iglesia de noche, cerraba la puerta y en ese momento hacía mi acción de gracias, mi oración de la noche. Cerraba completamente la iglesia y volvía a casa para cenar. Después de la cena, a menudo antes, ellos venían. ¡Los muchachos hacen las cosas rápido! En el jardín había hecho una salita, la sala del Sagrado Corazón. Había puesto una pequeña estufa para el invierno, bancos, mesas, electricidad al final. Jugábamos al tablero, al enano amarillo. En el verano poníamos las mesas en el patio empedrado. A las diez p.m., rezo del padrenuestro, avemaría, etc. Y a casa...*

*El primer domingo del mes, había reunión de hombres después de Vísperas; el segundo domingo, reunión de las damas del Sagrado Corazón, y cuando volvía para acostarme, no me desvestía pues no tenía fuerzas. En verano, no me desvestía y me lavaba solamente la cabeza en la bomba con agua muy fresca y eso me vigorizaba. Para la cena tenía una fuente con lechuga. No me venía mal, no me cargaba demasiado el estómago<sup>12</sup>.*

## **LA GUERRA**

*Durante la guerra (1914-1918), tenía un total de siete hospitales bajo carpas o barracas. En un momento durante la guerra, hubo aquí ochocientos sacerdotes juntos. Era un campamento de enfermeros. Se celebraban cinco misas a la vez en mi iglesia. En total unas sesenta misas en nuestra iglesia. Muchos iban a Aubervilliers y a Saint-Denis.*

*En ocasiones he llegado a confesar doce horas al día. A veces en Troyes, pero sobre todo en La Courneuve. Había días en que confesaba gran cantidad de soldados. Para ganar tiempo, les pedía que rezaran el “Confiteor” antes de entrar en el confesonario. Estaban apurados. A veces, se confesaban con la mochila en la espalda y teniendo su fusil en el confesonario.*

*En Pascua, durante la guerra, hacía lo que podía, pero estaba sobrecargado. Tenía hasta mil confesiones pascuales. A veces entraba al confesonario después de misa sin desayunar, y me quedaba hasta las dos o tres de la tarde. Tenía que confesar hasta doscientos sacerdotes, que venían por tandas. Estaba agotado de confesar sentado; entonces, confesaba a mis colegas de pie, paseándome con cada uno por el jardín. El primer año de la guerra no fue tan duro, pero sí el segundo, el tercero y el cuarto. Durante la guerra había un depósito mortuario para los soldados. Yo los sacaba de ahí. Tenía que mandarlos hasta Aubervilliers y los sacerdotes soldados llevaban los cuerpos*

---

<sup>12</sup> Evangelizando, pp. 91.94-95.

*hasta el cementerio de Aubervilliers. Había cinco o seis cuerpos por día. Poníamos dos coches de ataúdes. Las familias muy pocas veces asistían. Había días en que tenía entierros hasta de noche, hasta las nueve de la noche en verano.*

*Cuando supe que íbamos a tener una catástrofe en La Courneuve, empecé a rezar las letanías todos los días después de la misa. Era al principio de la guerra: puedo equivocarme en ocho días, quince días o un mes. Eran los santos ángeles los que me hablaron de la catástrofe, y no la santísima Virgen. Ella me había dejado entrever la explosión y yo le había suplicado que salvara las vidas. Le dije: “Santa Madre de Dios, ¡salva las vidas!”. Ella no me contestó, pero consideré la cosa como otorgada desde ese momento. Estas oraciones se rezaban desde el principio de la guerra y hasta la explosión, con un “Acordaos”. Después, las dije en agradecimiento.*

*El diablo no estaba contento, porque pensaba pescar en río revuelto. Me reprochó rezar las letanías delante de la santísima Virgen. Él es un fariseo. Ella le dijo: “Él las dice después de las oraciones prescritas por León XIII. Es el principio de su acción de gracias”. No fue mucho tiempo antes de la explosión. No conocía el día de la explosión. En La Courneuve, no hubo muertos, pero sí novecientos heridos.*

*Un día, me parecieron muy sucios los vidrios de la iglesia y quise limpiarlos, pero escuché al santo arcángel Gabriel y a mi ángel, que, hablando entre ellos, decían: “Es inútil”. Entonces, no los limpié. Muchas veces, cuando ellos quieren darme una buena lección, hablan juntos y me dejan escuchar la conversación. Pocas horas después, llegó la catástrofe y los vidrios volaron por el aire. Yo, que siempre me quedaba mucho tiempo en la iglesia, fui inspirado ese día. Esa inspiración me vino seguramente de los ángeles. No me quedé rezando ni una hora, ni media hora, ni siquiera diez minutos: me fui a París para comprar recuerdos para las primeras comuniones. Poco tiempo después, todo saltaba por el aire, la bóveda se rompía y montones de tejas se caían dentro de la iglesia.*

*Cuando sucedió la explosión, yo estaba en Aubervilliers, a cien metros de la iglesia, en el tranvía. Me volví a La Courneuve sin tranvía, en medio de los cascotes. Sentía un sofoco muy grande. Cuando daba las absoluciones, ya no sabía lo que hacía. A la fábrica Chabert habían transportado los novecientos heridos. Yo estaba lleno de sangre. Los médicos se relevaban, ¡pero estando solo no podía relevarme a mí mismo! Los padres y las madres me decían: “¿Dónde están nuestros hijos? ¿Nuestros hijos?”. Yo no sabía dónde estaban los chicos. Cuando se cayó el techo, estaban en la escuela; se habían escondido debajo de las mesas y después habían huido al Fuerte del Este...*

*Y ocurrió un prodigio, que recuerda los milagros de las santas hostias en Billettes, en San Esteban de Troyes y en Faverney. El sagrario fue completamente arrancado; la santísima Virgen (la Virgen de yeso modelada por Edy) tenía un pequeño impacto en su vestido. El sagrario estaba sobre dos ladrillos puestos de canto. Yo lo había mandado hacer. La losa del sagrario voló. Las paredes estaban, el sagrario reposaba sobre las paredes, y el corporal no tocaba las paredes, no tenía el ancho suficiente. El copón se quedó sobre el corporal y el corporal en el aire. El canónigo de Rochetaillade (arcipreste de Saint-Denis), después de constatar el milagro, llevó el copón al sagrario mayor. Era mi copón, pero se lo dejé a la parroquia, como muchos de mis ornamentos. El pequeño copón, para unas cuarenta hostias, me lo había donado la dueña de la fábrica, señora Garnier, con motivo de una primera comunión. Vi bien al corporal en su lugar, fijo en el aire. Monseñor Amette dijo que Dios lo había hecho para no entristecer a su sacerdote. Lo relató en su boletín, en el "Oriflamme" (de Saint-Denis) de esa época. El sagrario había sido arrojado al medio de la capilla de la santísima Virgen, los candelabros también. La tabla del altar había sido levantada. La piedra del altar también se había salido.*

*Volví a mi casa solamente por la noche. Ya no había ni puertas, ni ventanas y se habían salido las bisagras de la que da a la calle; se había caído, pero no dañado. ¡Y yo la arreglé! ¡Cuántas emociones!<sup>13</sup>.*

---

<sup>13</sup> Evangelizando, pp. 135-139.

## TERCERA PARTE

### LOS SANTOS Y LOS ÁNGELES

#### LA VIRGEN MARÍA

*La santísima Virgen se me apareció por primera vez como está en la Inmaculada Concepción. Era poco antes de mi primera comunión, que hice a los once años y medio... Cuando cuidaba las vacas, hacía capillitas de arcilla, escalones y un altar con la imagen de la Virgen... Tenía una imagen de la Virgen de la buena esperanza y hacía pequeñas procesiones entre los árboles de la alameda. Cantaba letanías y ella se me presentó un día entre las ramas de los álamos casi en la cima, a gran altura, con la cabeza agachada, mirándome. Se quedó allí todo el tiempo de las letanías. Al terminar las letanías, la santísima Virgen se elevó un poco por encima de las ramas y desapareció.*

*Primero creí que era un espejismo, como a veces ocurre en las cercanías del agua o en los cerros. Desconfiaba. Seguí con las letanías durante la aparición, como si nada pasara. Me dije: “¡Sí que le gusta a esta buena Señora quedarse allá arriba en los álamos!”. Después de esto, me senté a los pies de un álamo, recé el rosario y me quedé dormido. La santísima Virgen cuidó muy bien mis vacas, que encontré a mi alrededor al despertarme. Ninguna se había alejado. Sin embargo, me emocioné bastante. Dije: “¡Ah!, señor párroco, vi una cosa rara. Vi a una persona encima de los álamos. Creo que era la santísima Virgen. Estaba haciendo una procesión...” — “¿Solo?” — “Sí, solo y tenía esta imagen de la Virgen de Sous-Terre”. Mi párroco contestó: “¿Qué podría hacer ella contigo?”. El párroco me llamó la atención, pero en mi interior conservé este recuerdo. Ella misma me lo recordó. En Gray, ella me dijo: “Me viste en el Pré-Jacquot”.*

*Los álamos ya no están, los cortaron, y la misma pradera se volvió un bosque. El álamo donde apareció la santísima Virgen estaba casi a la orilla del bosque actual. Era a fines de mayo, y la santísima Virgen estaba mirando hacia Le Pailly<sup>14</sup>.*

*Otro día, la santísima Virgen me explicó toda mi infancia. Me dijo que, sin ella, me hubiese matado cien veces, cuando daba volteretas en el peral. El peral está en la huerta de mis padres, del otro lado de la calle frente a la casa, ahí donde está la granja. Ella me había salvado la vida cuando tenía fiebre tifoidea. Ni el médico, ni mi madre sabían de la enfermedad, que fue curada en un día con agua hervida y pan tostado. Luego me habló del incendio de nuestra casa. Me dijo quién la había incendiado. Eso dejó a mi familia en una gran*

---

<sup>14</sup> Evangelizando, pp. 40-41.



*miseria. Ya estaban preparando mi ropa para que fuera al Seminario menor, tenía diecinueve años, y tuve que postergarlo. Pude ir recién después del servicio militar...*

*Sobre su pecho aparecía un rosario con los padrenuestros y avemarías, cuyas cuentas parecían perlas blancas. Estaba puesto en forma de corazón. Por debajo, como si hubiese una pequeña llaga abierta en el lugar del corazón, salían a cada instante, una llama roja y otra verde, que subían y marcaban su respiración, y este detalle me impresionó vivamente y me llenó de gratitud. El rosario es el símbolo de la fe; la llama roja, era la caridad; la llama verde, la esperanza. La llama subía y se apagaba, subía y se apagaba. Entendí que la oración en unión con la santísima Virgen tenía gran poder sobre el Corazón de Dios. “No necesito sino pedir, dijo ella. Escucho la oración humilde y confiada de los pequeños”. Al mostrarme ese rosario sobre su corazón, la santísima Virgen quiso mostrar cuánto le agrada el rezo del rosario. Nos unimos con los ángeles para rezarlo. Lo decimos con toda la Iglesia y con todos los santos <sup>15</sup>.*

*La santísima Virgen vino el 18 de mayo de 1912 con san Luciano (patrono de la Iglesia) y unos santos que yo había conocido, con algunos de ellos había vivido, y los había conocido durante varios años.*

*La santísima Virgen, que vela sobre mí, ¡es tan buena y tan atenta! Pero no deja pasar nada. Como mi sacristán ya no era ni tan joven ni tan ágil, yo mismo hacía la limpieza de mi iglesia, con un delantal azul alrededor de la cintura, limpiando todo, lustrando los candelabros llenos de manchas, vestido no pobremente, sino sucio, con un viejo birrete.*

*Eran más o menos las cinco de la tarde. Había ido a llevar mis cuentas del trimestre al arzobispado. Estaba atrasado. Había estado con el padre Dupin, y había hablado un cuarto de hora con él. La iglesia estaba muy sucia; hacía falta barrerla. Habíamos tenido las primeras comuniones el domingo, la misa de acción de gracias y la Ascensión. Iba a apoyarme en un pequeño armonio, para rezar un avemaría. El santo arcángel me dijo: “¡Tenga cuidado! Va a rezar en presencia de la Virgen María”. Acababa de ver unos viejos diarios tirados en el suelo y había empezado a levantarlos. Unos muchachos los habían dejado allí, y yo me decía: “¡Son insoportables!”. Estaba de rodillas recogiendo los papeles. La santísima Virgen estaba allí, en medio de los santos. Ella les dijo: “¡Mírenlo bien, aquí está, es él!”. Me puse colorado. No sabía dónde meterme, quería meterme bajo tierra. Saqué mi birrete; pero para quitarme el delantal, yo tiraba de los cordones y cuanto más tiraba, más apretaba. Hay una especie de atracción cuando Ella está. Yo me daba cuenta de que estaba impresentable.*

---

<sup>15</sup> Ib. pp. 110-111.

*“¡Vean, está todo colorado!”, dijo Ella a los santos, viendo cómo luchaba. Pero me quiso mostrar que no le ofendía verme con un trapo sucio.*

*Ella es buena, muy buena, pero le gusta que lo que se tiene que hacer, se haga. Ella corrige maternalmente. Si yo hubiese limpiado una hora antes, ella no hubiera visto eso, ya que me había puesto mi viejo birrete y mi viejo delantal para limpiar. Lo que ella hizo en la tierra debió estar bien hecho.*

*Su mirada se detuvo sobre las manchas de cera, el agua de los floreros y el fondo de los floreros, y sobre la tierra que se había volcado de las macetas con flores que estaban en los escalones. Quise sacar mi delantal, pero en vano intenté soltar los cordones: ésa fue mi gran preocupación en presencia de la santísima Virgen. No entré en la capilla, me quedé arrodillado, apoyado contra la reja, con las manos todavía ocupadas: yo trataba de sacarlo. No me demoré. Sin embargo, conversé con la santísima Virgen. Lo que me decía, me interesaba. Lo que yo le decía, quizás le interesaba, o tuvo la bondad de hacer como si así fuera. Cuando uno conversa con una persona, se interesa más en lo que dice que en lo que hace.*

*Primero ella estaba entre el sagrario y su imagen. El cortejo alrededor de la santísima Virgen formaba un semicírculo. San Luciano (patrono de La Courneuve) estaba a su izquierda, delante del cuadro que representaba el Corazón Inmaculado de María. San Luciano llevaba las vestimentas rojas de los mártires, y algo blanco aquí (sobre el pecho). Parecía un hombre mayor, con las mejillas hundidas. Tenía el aspecto de un anciano muy austero. Había por lo menos unos sesenta ángeles en el resto de la capilla<sup>16</sup>.*

*En 1913 ó 1914, un domingo durante el verano antes de las Vísperas, en la iglesia de La Courneuve, sentí a la Virgen durante el rezo del rosario y tuve la impresión de que estaba en el lugar del sacerdote en el presbiterio. Los chicos ese día habían rezado el rosario con un poco más de atención... Me dijo: “Mis ángeles en el cielo cantan un cántico con la melodía que acabo de escuchar...”. En el cielo los ángeles repitieron la melodía sin la letra. Desde ese día cantamos ese cántico todos los domingos en La Courneuve. Ese canto lo aprendí de niño en mi pueblo de Le Pailly, pero ya no lo suelen cantar<sup>17</sup>.*

*Otra vez, la Virgen María, mostrándome un rosario sobre su pecho, quiso manifestarme cuánto le agrada la oración del rosario. Nosotros nos unimos a los ángeles y a los santos y a toda la Iglesia. Con el rosario rezamos por los*

---

<sup>16</sup> Ib. pp. 117-119.

<sup>17</sup> Ib. pp. 124-125.

*pecadores y decimos: “Corazón Inmaculado de María, refugio de los pecadores, ruega por nosotros”*<sup>18</sup>.

En una oportunidad él quiso comprar una imagen de María. Nos dice: *La vendedora sale para mostrarme las imágenes. Le indico la tercera. La saca de la vitrina y me la da, diciéndome el precio. La tomo, la pongo sobre la vitrina e inmediatamente la imagen se pone luminosa, toda resplandeciente. Me conmoví. Ella también pareció muy emocionada, es probable que la judía viera brillar la imagen. Pregunto el precio, pero, como cada vez que viajaba a París, no tenía sino un franco y medio en el bolsillo, dije: “No tengo para pagarla”. Entonces la vendedora me propone reservarme la imagen hasta Navidad. Pero ocupado con las fiestas, vuelvo recién en la última quincena de enero. La imagen dorada estaba en su lugar, pero estaba el marido de esta mujer. Me dice que su señora se había equivocado cuando me dijo el precio y me pide tres veces más por la imagen. Le dije: “¡Ah! Usted me descontará por lo menos cinco francos”. Él me dijo: “Se la dejo a este precio por ser usted”. ¡Le agradecí mucho para mis adentros este favor! Entonces le pago esa suma, todo en monedas de cinco francos. Le pido que envuelva la imagen en un papel y, mientras la envolvía, le dice a la Virgen en voz baja: “¡Oh! ¡Si yo pudiese torcerte el cuello, como a tu Jesús!” y le apretaba la mano a la imagen como si fuese a romperla. Y su mujer le contestó: “No la estropees: no la va a querer”.*

*Puse la imagen bajo mi brazo y me la llevé. En mi casa, la limpié y la puse en un cuarto al lado del mío. Ahí guardaba el Santísimo cuando tenía que ausentarme, sacándolo de la iglesia por prudencia. Ahí tenía un sagrario, y puse la imagen detrás. Se quedó ahí desde enero de 1912 hasta más o menos el 18 de abril de 1914. También se mostró luminosa unas cuantas veces en casa en La Courneuve. Cuando quería obtener una gracia difícil, iba delante de la Virgen dorada; ahí obtenía todo lo que no conseguía en ninguna otra parte.*

*El 25 de enero de 1914, había ido (a Le Pailly) por motivo de la casa. Quería restaurar la otra o construir ésta. Tuve que ponerme de acuerdo con mi familia y los constructores. Durante el día mi sobrino me dice: “Se vende el bosque Guyotte”. Cuando me enteré de los planes, me ofrecí para comprar los números ocho y uno. Así obtuve la casucha. La santísima Virgen me dio la suma, pero por intermediarios. La Providencia se sirve de estos pequeños medios. Una señora me dio mil quinientos francos, otra señora mil; otras dieron sumas más pequeñas, diez francos, monedas de cinco francos. En fin, eso se arregló, pagué y después de todo no gasté nada. ¡Me las hubiera visto mal si gastaba! Me hubiera gustado que fuese sobre la montaña, más cerca de Le Pailly, ¡pero la santísima Virgen había elegido estas casitas! ¡Hay que aceptar la elección de la*

---

<sup>18</sup> Apuntes, p. 84.

*Madre de Dios! La santísima Virgen pide que en ese bosque haya pureza, silencio y oración. Ella desea almas vírgenes, que vengan a pedirle la pureza. Ella me dijo: “Me volveré el consuelo de las almas”.*

*La Virgen quiere distribuir ahí gracias espirituales y temporales. En los primeros días de abril de 1914, oí a los santos ángeles, diciendo: “Dentro de poco, él va a llevar al bosque la imagen de nuestra Reina. Hay que preparar un hermoso día”. Cuando hubo que llevar la imagen donde la Virgen la quería, la envolví en papel de seda y con un papel grueso, y la até fuertemente alrededor. El 20 de abril, tomé el tren. Me esperaban mi cuñado y mi sobrino, que me llevaron a casa. Puse la Virgen sobre mi cama. Después de almorzar, con un tiempo espléndido, cálido y soleado, nos fuimos en carruaje. Subo al asiento con la santísima Virgen sobre mis rodillas. No la dejé en todo el día. Paramos en la iglesia de Le Pailly. En Violot, le digo a mi sobrino que nos conduzca al bosque Guyotte, que no había vuelto a ver desde hacía cuarenta años... Paramos. Bajo con la Virgen. Me adelanto. Veo el sendero y empiezo a subir hacia la casa del bosque. Dejo mi sombrero y mi bastón al pie de un roble; agarro mi cuchillo para cortar el hilo y desatar el paquete. Corté y, de golpe, los hilos se desatan, desenredándose solos.*

*El papel se abre, la santísima Virgen se muestra totalmente despejada. Tomo la imagen y le doy a mi sobrino los papeles y los hilos para que los queme. La Virgen se ilumina nuevamente. En ese momento, aparece una procesión de santos de los pueblos cercanos. Yo conocía a muchos y podía nombrar a varios que había conocido en mi infancia, cuando todavía vivían, pero no a todos. Estaban a tres o cuatro metros del suelo, las mujeres y las viudas de negro, con una cofia negra; las vírgenes con un traje blanco, trajes de procesión y cofias blancas. Los niños estaban de blanco y los muchachos de marrón como los hombres. Para los hombres, el vestido llegaba a los pies. Todos estaban descalzos, hombres y mujeres. Estaban repartidos en dos grupos, cada cual de un lado; eran como cien. Los santos pasaban a través de las ramas sin que éstas se moviesen. Estaban con la edad y el aspecto que tenían en el momento de su muerte, o, más exactamente, digamos que se me aparecieron cada uno tal como en la época de su muerte. Mi padre, vestido de marrón, un poco como los Redentoristas, con el cuello cerrado. Mi madre había sido enterrada con un gorro blanco; pero estaba con un gorro negro. Mi abuelo, Pedro Lamy, se había casado con Ana Miot, ella también estaba allí, en la procesión de los santos. En cuanto a las glorias, (su grado de amor y santidad) eran muy diferentes.*

*No es fácil explicar: la gloria de la santísima Virgen sobrepasaba la de los santos, pero cada santo tenía su gloria particular. Los santos subían en silencio, los santos de un lado, las santas del otro, igual los chicos, y yo rezaba el rosario. Mientras subíamos, miraba a la cara de algunos santos que conocía*

bien. Había algunos que tenían la gloria chiquita. Incluso algunos por los cuales yo dudaba (que estuviesen en el cielo), tenían su gloria particular. Durante la subida del cerrito, oigo a los santos que dicen: “Él nos va a despachar”. Me paro sobre una piedra ancha, en medio del camino, subo a la piedra y con la imagen, trazo la señal de la cruz sobre Francia en dirección de París. Entonces, la imagen, de golpe, deja de ser luminosa y ya no veo más a los santos. Todo desaparece <sup>19</sup>.

El 9 de septiembre de 1909 fui a Gray como todos los años. El párroco de Violot estaba conmigo. Me dieron unos lindos ornamentos que habían sacado para un prelado que debía venir y no vino. Empecé la misa. La Virgen santísima se me apareció de repente y, al mismo tiempo, vi al demonio. La santísima Virgen bajó de la bóveda, sentada dentro de un círculo de gloria y de luz. Bajaba despacio, muy despacio. Ella estaba en el centro, dentro de una gran luz. Su gloria, penetraba todo: las velas, el cáliz, el altar, los ornamentos y yo mismo. Era como el sol cuando penetra en un vaso de agua. Bajaba con la manos juntas y sonrió un poco antes de hablar <sup>20</sup>.

Un día dijo el padre Lamy: Una mujer poco creyente había hecho un regalo a la Virgen: había colocado unos candelabros... A esta mujer yo la vi morir con la pena de no haber practicado la fe, absorbida por tantas preocupaciones de la vida diaria. Después de darle la unción de los enfermos y la indulgencia plenaria, le dije: “Os doy a besar la imagen de la Virgen”, y ella, abrazando la imagen, repetía: “¡Oh, sí, la imagen de la Virgen!” <sup>21</sup>.

¡Con qué sencillez y afecto los ángeles rodean a la Virgen María! Dios le ha dado miles y miles de ángeles. Ella los conoce a todos por su nombre. Ellos la conocen bajo el nombre de Reina. Cada uno de ellos tiene una fisonomía personal, pero todos son muy hermosos. Los ángeles la llaman Reina con un tono muy respetuoso. Y, cuando ella se dirige al arcángel, le dice simplemente “Gabriel” con un tono muy maternal. Ella mira a los ángeles con una mirada dulce y maternal <sup>22</sup>.

Cuando uno ve el respeto de los ángeles por Dios y por la santísima Virgen, uno piensa en sí mismo, con qué respeto el arcángel Gabriel le dice a la santísima Virgen: “Reina” y se inclina <sup>23</sup>.

---

<sup>19</sup> Evangelizando, pp. 128-131.

<sup>20</sup> Ib. pp. 102-103.

<sup>21</sup> Apuntes, p. 775.

<sup>22</sup> Evangelizando, p. 152.

<sup>23</sup> Ib. p. 203.

## APARICIÓN DE SAN JOSÉ

*Era en La Courneuve, no en la iglesia, sino en el patronato, en el aula del jardín (llamada aula del Sagrado Corazón, demolida para construir la nueva casa parroquial): San José se apareció. Se había retirado la imagen de san José de la iglesia. Las buenas señoras me habían pedido limpiar la imagen del santo Patriarca y ponerla sobre un pedestal distinto: una señora de Remiremont había comprado un pedestal muy lindo. Retiré la imagen del santo del pedestal donde estaba colocada y les dije: “Señoras, no hay que limpiarla en la iglesia, porque ustedes charlan todo el tiempo”. La llevé al aula del Sagrado Corazón. Era el martes 3 de julio de 1917. Se quedó allí varios días. La limpiaron, pero no pude ir a mirar su trabajo enseguida, porque estaba ocupado; fui tres o cuatro días después. Me acerco al aula. La ventana y la puerta se tocaban. El resto del aula estaba bastante oscuro. Llego por la puerta. (Y san José) se ubica entre la imagen y yo. Estaba allí, sonriendo. Dije: “¡Usted es san José!”. Me habló de varias cosas personales que guardo para mí. Me acuerdo que retrocedí un poco, para verlo mejor, para contemplarlo. Me incliné mucho y, cuando me levanté, ya se había ido <sup>24</sup>.*

## SAN GABRIEL

Gabriel significa fuerza de Dios. Se le representa con una vara de perfumada azucena, que obsequió a María, en el momento de la Anunciación y que representa la pureza inmaculada de la Virgen santa. Su fiesta es el 24 de marzo, la Vigilia de la fiesta de la Anunciación. Es el mensajero de Dios por excelencia y el que comunica a los hombres las grandes noticias de parte de Dios. En el Antiguo Testamento le habla al profeta Daniel sobre hechos futuros del Pueblo de Israel (Dan 8,16-19; 9,21-27; 7,13-14)

Se presenta a Zacarías para comunicarle la gran noticia del nacimiento de Juan Bautista y lo mismo hace a María para anunciarle el nacimiento de Jesús. El Papa Pablo VI nombró al arcángel san Gabriel patrono de los Correos, de los carteros, de los empleados de correos y de los filatelistas. Pío XII lo nombró patrono de las telecomunicaciones y de los comunicadores. También se le considera patrono de los embajadores y diplomáticos, de los locutores de radio y de todos los operadores de radio y televisión. También de los cibernautas y de los que usan el internet y los medios modernos de comunicación.

---

<sup>24</sup> Evangelizando, pp. 159-160.

Se le presentó a santa Matilde, según cuenta ella misma en el *Libro de la gracia especial*, capítulo 12. También a la estigmatizada italiana Teresa Musco (1943-1976), el 13 de enero de 1955 <sup>25</sup>.

Igualmente se presentó a la mística alemana del siglo XX Mechtild Thaller, a la clarisa española Madre María Amparo del Sagrado Corazón de Cantalapiedra (1889-1941) y a la estigmatizada canadiense Marie Brault (1856-1910).

Dice el padre Lamy: *El arcángel san Gabriel les pasa una cabeza en altura a los demás ángeles. Es por eso que yo conozco a los espíritus de categoría superior* <sup>26</sup>. *San Gabriel es la Fuerza de Dios, en especial durante la misa* <sup>27</sup>. *Yo invocó a san Gabriel todos los días antes de la misa* <sup>28</sup>.

*Es el arcángel de la Eucaristía* <sup>29</sup>. *Se apareció a Daniel y Daniel profetizó la venida de Cristo* <sup>30</sup>.

*San Gabriel se apareció a Zacarías, porque es el ángel sacerdotal, el ángel de los sacerdotes. Él también se le apareció a los pastores de Belén, porque es el ángel de la Encarnación. Él fue a consolar a Jesús al huerto de los Olivos, porque es el ángel de Jesús, como también es el ángel de María. San Miguel no tiene las mismas funciones, es el ángel del pueblo de Dios* <sup>31</sup>.

*Gabriel me habla de cosas celestiales. Es el mensajero divino. Le encargo mensajes para la santísima Virgen. Le digo: “Dile eso y aquello”... No me contesta, pero sonrío* <sup>32</sup>.

*Un día, era la víspera de la fiesta de la Asunción, fui a confesar, cierro la puerta de la sacristía. Cuando regreso, era de noche, voy hacia la puerta (de la sacristía) y me caigo. El santo arcángel (Gabriel) dice: “No lo mates”. Los ángeles me llevaron al altar. Allí recobré el sentido. Eran las siete y media o las ocho de la noche. Me llevo la mano a la cabeza y estaba teñida de sangre. El arcángel me había socorrido* <sup>33</sup>.

---

<sup>25</sup> Stanzone Marcello, *Gli angeli dei mistici*, Ed. Segno, 2007, p. 13.

<sup>26</sup> Apuntes, p. 5.

<sup>27</sup> Apuntes, p. 594.

<sup>28</sup> Apuntes, p. 579.

<sup>29</sup> Apuntes, p. 387.

<sup>30</sup> Apuntes, p. 496.

<sup>31</sup> Apuntes, p. 1725.

<sup>32</sup> Evangelizando, p. 182.

<sup>33</sup> Apuntes, p. 722.

*El santo arcángel (Gabriel) y mi ángel custodio sostuvieron mi cuerpo y, apoyado contra el altar de San José, descansé. Uno de ellos dijo (a Lucifer): “No lo mates, nuestra Reina no quiere”. Otro subió a ver a Dios y regresó al momento. Fue a pedir permiso para curarme. A partir de ese momento, no he sentido nada y he vuelto en mí totalmente. Me toqué la frente y tenía sangre, pero la herida estaba cerrada. Yo pedí la curación*<sup>34</sup>.

Dice el conde Biver: *Un día el padre Lamy rezaba tranquilamente el rosario como siempre. Un poco antes de llegar a Chalindrey, él dejó de rezar. Yo lo vi que miraba hacia el corredor del vagón y se puso a hablar en voz baja, haciendo algunos gestos. Dos o tres veces golpeó sus rodillas con el puño cerrado como si estuviera contrariado. Después de una interrupción de unos diez minutos, comenzó otra vez a rezar el rosario. Cuando ya estábamos en el coche, le pregunté en voz baja si él se había entretenido con el ángel. Él me hizo un gesto de silencio y con la cabeza me dio a entender que sí. Después le pregunté qué ángel era y me dijo que el arcángel Gabriel*<sup>35</sup>.

*Otro día yo volvía del patronato. Eran las dos o las tres. Era la hora de la salida de las fábricas. Un ciclista se lanzó sobre mí. Él dijo: “No hay manera” (de esquivarlo), pero el ángel ayudó al ciclista y no pasó nada*<sup>36</sup>.

*Otra vez venía de administrar al señor o la señora Bertrand. Yo estaba con uno de mis antiguos acólitos. Viene un ciclista y dice: “Un cura, un cura. Vas a verlo”. Eran dos en bicicleta y los dos se cayeron de vientre contra el suelo y se mancharon con el barro de la pista. Se frotaron, porque tenían sucias la nariz, las manos y las rodillas*<sup>37</sup>.

*Un día había cuatro o cinco personas bajo un árbol al final del camino de Bourget en La Courneuve, cerca de Abreuvoir. Uno de ellos dijo: “Miren, allá viene un cuervo” (refiriéndose al padre Lamy). Ellos imitaron los graznidos de los pájaros. Yo dije en voz alta: “Tú no harás eso por mucho tiempo. Y en ese momento ya no pudieron hablar y me mostraban la garganta como que se ahogaban y sólo decían: “Oh”. Yo le dije al arcángel: “No les aprietes muy fuerte”. Uno se desmayó. Otro salió del grupo y me dijo: “Señor cura, no nos cierre la boca así”. Y les dije: “Es preciso que sean un poco más educados”. Los otros me saludaron gentilmente*<sup>38</sup>.

---

<sup>34</sup> Apuntes, pp. 1194-1195.

<sup>35</sup> Apuntes, p. 740.

<sup>36</sup> Apuntes, p. 801.

<sup>37</sup> Apuntes, p. 802.

<sup>38</sup> Apuntes, pp. 881-881.



*He visto muchas veces al arcángel Gabriel. Supe que estaba junto a mí desde el día en que la Virgen María lo llamó delante de mí y le dijo “Gabriel”. Yo conozco muy bien a mi ángel custodio, pero no sé su nombre. A san Miguel no lo he visto nunca, pero he oído su voz. Como a las personas, a ellos los conozco por su voz*<sup>39</sup>.

*¡Con qué respeto habla Gabriel de la santísima Virgen y le dice “Reina”, inclinándose. Y ella le responde con un tono maternal*<sup>40</sup>.

*En una ocasión yo estaba en el extremo oeste de la parroquia, en la calle de Schram, a la salida de las fábricas. Uno se puso a decir tonterías. Yo caminaba y no decía nada y él no se callaba. Yo me vuelvo y le digo: “Él te mira”. Él vio la luz del arcángel. Y empezó a gritar: “Nos va a matar”, pero el arcángel es bueno. Llegaron otros y no sé qué dijeron. Yo me fui.*

*Otra vez estaba en la estación de La Courneuve para ir a la estación del Este y de allí a la estación del Norte. Yo iba, creo, a Pailly. Fui a comprar el billete. Detrás de mí había unos cinco o seis tipos. Uno de ellos se pasó delante de mí y me dijo: “Siempre se puede pasar a un cura”. Yo le respondí: “No creas que te voy a dejar”. Le hice una señal de que volviera a su sitio detrás de mí. Él se puso a jurar. Yo le dije: “No jure. Los valientes nunca juran”. Él gritó: “Ayudadme”. El vio la luz del arcángel. Se desplomó y yo fui lentamente al centro de la estación. Los otros lo tranquilizaron, vinieron a buscarme y me dijeron: “Él es un padre de familia”<sup>41</sup>.*

*Un día rezaba en Bruleux o en la iglesia de Pailly. El cura de Pailly y el decano me habían dejado un poco atrás. El arcángel me había envuelto en su luz. La gente decía, al verme pasar: “El cura se quema, se quema”. Yo no me quemaba en absoluto*<sup>42</sup>.

## LOS ÁNGELES

El padre Lamy tenía mucha devoción a los ángeles protectores del hogar, de la ciudad, de la provincia, de las iglesias, de los obispados y de los países. El ángel custodio está siempre a nuestro lado para escuchar nuestras quejas y suspiros. Hablemos con nuestro ángel de nuestras necesidades espirituales y materiales. Él es feliz de aconsejarnos. ¡Qué bueno es asistir a misa con nuestro ángel!

---

<sup>39</sup> Apuntes, p. 27.

<sup>40</sup> Apuntes, p. 34.

<sup>41</sup> Apuntes, p. 882.

<sup>42</sup> Apuntes, p. 1374.

Decía el padre Lamy: *Por una persona alejada de los sacramentos, ¿qué puede hacer el ángel custodio? En ese estado el ángel no puede hacer gran cosa para ayudarnos. Pero cuando estamos en estado de gracia, nuestro ángel nos salva de algunos accidentes. Cuando no estamos en gracia, ellos son impotentes. Si nosotros rechazamos al Señor, es como enviar a pasear a sus empleados*<sup>43</sup>.

*Un día yo regresaba del santuario de Nuestra Señora del bosque y amenazaba una tormenta. Algunas gotas comenzaban a caer, yo me refugié en un lugar abrigado, pero me di prisa en llegar a casa, porque estaba todo sudado y la corriente de aire de aquel lugar me podía hacer daño. En la primera casa que encuentro, me prestan un paraguas y llego a casa. En ese momento oigo a los ángeles que dicen entre ellos: “Ahora se va a cambiar de ropa y se va a acostar”. Y comenzó a caer la lluvia con mucha fuerza durante bastante tiempo. Hace falta invocar a los ángeles en las tempestades*<sup>44</sup>.

*Los ángeles, como los santos, no tienen un cuerpo parecido a los cuerpos reales de la Virgen y de Nuestro Señor: tienen cuerpos que no son de acá. Cada ángel tiene su fisonomía especial. Los rostros bajo los cuales se muestran a nuestros ojos tienen a menudo el pelo negro; tienen el pelo muy bien cortado. Mi ángel custodio tiene un rostro bastante redondo, un rostro muy lindo, el pelo negro y ondulado. El arcángel Gabriel tiene el pelo bien cortado y ondulado. Gabriel les lleva una cabeza de altura a los otros ángeles. Es por eso que reconozco a primera vista un espíritu de categoría superior. Lo que tienen de muy lindo son las placas de oro de forma irregular, puestas en mosaicos, de las que toda la parte superior del cuerpo está revestido: una de estas placas centellea por acá, otra por allá. Es un vaivén constante y sucesivo de placas. Reciben la luz de Dios. Las mangas de sus túnicas llegan hasta la mitad del brazo. Su túnica baja hasta las rodillas. La parte baja del cuerpo está revestido de un tipo de enaguas, se parecen a atletas. Sus vestidos son blancos, pero de un blanco que no tiene nada de terrenal. No sé cómo describirlo, porque nada tiene que ver con nuestro color blanco, es un blanco mucho más suave.*

*Estos santos personajes están envueltos en un color tan distinto del nuestro que a su lado, todo parece oscuro. Cuando usted mira unos cincuenta ángeles, se queda maravillado: no piensa más que en rezar a Dios. ¡Estas placas de oro, que se mueven perpetuamente, son como tantos soles! ¡Debe ser un espectáculo maravilloso en el cielo, el vuelo de millones de ángeles! Nunca les vi alas, tienen siempre el aspecto de jóvenes. Llevan impreso en su rostro, su benevolencia para con los hombres, mientras que los demonios tienen un aspecto*

---

<sup>43</sup> Apuntes, p. 785.

<sup>44</sup> Apuntes, pp. 178-179.

*duro, tajante y huraño. He escuchado a veces tres o cuatro ángeles juntos en la iglesia de La Courneuve. A menudo, escucho su voz sin verlos. Como a las personas que conozco, los reconozco por su voz. Todos estos personajes, igual que el diablo, están con nosotros, alrededor de nosotros. Si no los vemos, ¡no falta mucho! Es como una pequeña capa que nos separa de ellos.*

*Un día durante la guerra fui a la estación de ferrocarril y allí daba absoluciones generales. Uno de los soldados me dice: “¡Me voy a morir!”. Mi santo ángel custodio, que estaba a mi lado, lo bendijo. Él dijo en seguida: “¡Oh! siento que estoy mejor”. Era de noche en la estación de La Courneuve. Eran tal vez doscientos, extendidos sobre camillas, tablonés y adoquines. Y los coches de París venían y los cargaban. Este soldado nos había dicho: “Soy padre de familia”. Al llegar, le pedía siempre a mi ángel que sanara algunos. Vi al santo arcángel y a mi ángel que los bendecía y pasé.*

*Les daba la absolución general y decía: “Soy el sacerdote de la parroquia. Hijos míos, tengan ánimo”. Llevaba los santos óleos. Había comprado docenas de tubitos de plata en el Bazar del Hotel de Ville, y los había dado a muchos sacerdotes soldados. Yo daba la absolución después de haberles preguntado si eran cristianos y haberlos hecho decir. “¡Dios mío, te doy todo mi corazón!”. Pasaba también por los vagones. Era más fácil, cuando eran vagones con pasillo; para los otros, me agarraba a lo largo de los vagones, de los pasamanos. Cuando hacía falta subir sesenta u ochenta veces y mucho más (en los trenes, fuera de los andenes), los santos ángeles me ayudaban. ¡Uno no piensa mucho en sí mismo, cuando ellos están!”.*

*Un vicario de Saint-Ouen me ayudó mucho. A veces, había seis o siete cientos heridos. El santo arcángel estaba conmigo y mi ángel también. Cuando estaba ahí, veía claro. Me aclaraba las conciencias y las veía (hizo el gesto de alumbrar con una linterna). He dado la santa absolución con la convicción de que el noventa y nueve por ciento la recibían con provecho. Yo hacía eso deprisa. Tenía que traer los cuerpos a La Courneuve y rezar el Oficio. Muchas veces, las tumbas no estaban cavadas. Tuve que hacer cavar hasta tres tumbas delante de mí, sin papeles para hacerlo. Tuve que enterrar dos en el mismo hoyo. Me valía de la palabra de la Madre de Dios, diciendo a Satanás: “Salvaré a muchos a pesar de usted”. Y el cardenal Amette me había dicho: “Le doy todos los permisos, mi querido párroco. Sé que nunca va a hacer nada malo”. En medio de tantas tristezas, de tantas preocupaciones, tenía el consuelo de ver al santo arcángel, misericordioso con ellos.*

*La santísima Virgen había dicho al santo arcángel: “Guárdalo: necesitará de usted”. ¡Y en efecto! Al salir de Nuestra Señora del Bosque al ocaso del sol, la luz rasante me molestaba. Caminaba, inclinado hacia adelante*

*para no tener los rayos en los ojos y así no veía nada, medio ciego como estaba, para ver lo que se encontraba en mi camino. De pronto surge delante de mí, no más lejos que esto, un ciclista: yo habría sido de golpe atropellado en un instante. Pero, he aquí al santo arcángel Gabriel, quien toma la bicicleta por las dos ruedas y la pone cuidadosamente al costado. Levantó la bicicleta y al hombre; lo puso en el césped al borde de la ruta. El peso no cuenta para un ángel. ¡Todo le es tan fácil! Veo al joven que se queda boquiabierto, mirando al ángel y mirándome. Tenía unas ganas locas de reírme, viendo la cara de ese pobre chico. Reprimí el ataque de risa. Me alejo de ellos saludando con mi sombrero al santo arcángel y veo otro ciclista, que viene a toda velocidad. El primero grita como un loco: “¡Son dos! ¡Son dos!”. Creo que quería decir el santo arcángel y yo. Y el otro no entendió nada: “Pero no”, decía el segundo. El segundo estaba a la distancia del fondo de la pieza. La santísima Virgen tuvo la bondad de ponerme bajo la protección del santo arcángel Gabriel y confiarme a él. Con mi mala vista, esta protección me ha sido muy útil.*

*Los santos ángeles me protegieron de las abejas en la capilla. Era el verano pasado (1923). Como no veo, me hubieran hecho mucho daño. Los ángeles prohibieron a las abejas picarme. Regresando de un paseo en el bosque, bordeaba la capilla, donde hay varios enjambres de abejas. Había recogido algunas flores y algunas hierbas. Absorbido por mis pensamientos, había olvidado las abejas y, sorprendido por su zumbido, agitaba las flores, haciendo que se juntaran todas. Mientras me apuraba para ir hasta la escalinata y entrar a la capilla, seguido por una cantidad innumerable de abejas, escuché claramente estas palabras: “¡No le piquen! ¡No le piquen! Nuestra Reina no estaría feliz. Tiene que volver a su casa con su burro y, como no podría hacerlo solo, estaríamos obligados a acompañarlo en forma humana”. Me parece que fue la voz del santo arcángel. Creo haberla reconocido. Cuando llegamos al vestíbulo, todas las abejas se detuvieron. Agradecí a los tres arcángeles<sup>45</sup>.*

*La visita a los enfermos y la administración de los sacramentos le ocupaban día y noche. Dice: “Yo iba de noche con una pequeña linterna o en las tardes de invierno para que me reconocieran. La gente me ayudaba. La protección de los ángeles sobre la gente de La Courneuve era grande. Y en cuántas circunstancias me ayudaron con su luz, de noche, en La Courneuve. Ellos se ponían luminosos y yo, casi ciego, llevaba los últimos sacramentos por los caminos más oscuros<sup>46</sup>.*

Jacques Maritain refiere que el mismo padre Lamy le contó que *un día estaba en la calle y le llamaron para visitar un enfermo que vivía lejos. Acudió,*

---

<sup>45</sup> Evangelizando, pp. 164-168.

<sup>46</sup> Ib. pp. 97-98.

*lo confesó y regresó a la iglesia para llevarle la comunión. Al volver con el Santísimo sube la escalera, encuentra la puerta entreabierta, entra en el dormitorio, se acerca a la cama y se da cuenta que es otro enfermo. El buen padre se había equivocado de piso y en el piso de arriba había otro enfermo moribundo en una habitación similar. Este nuevo enfermo le dijo: “Oh, padre, cuánto lo llamaba desde mi corazón. No sé qué hacer con mi mujer, está rabiosa con los curas”. La mujer acababa justamente de salir a hacer compras y se había olvidado de cerrar la puerta. El padre partió la hostia en dos mitades, dio la comunión a este enfermo y luego bajó al primer piso para dársela al primer enfermo*<sup>47</sup>.

Seguramente que el ángel del enfermo o el del padre Lamy habría arreglado las cosas para felicidad del enfermo olvidado.

*Un día, cerca de la Estación del Este, su ángel custodio intervino para transportarlo más allá de un lugar peligroso. Había muchos carruajes y un sol sofocante. Dice: “Un caballo iba a caer sobre mí, tenía ya la cabeza sobre la mía. El ángel me llevó a la otra parte de los fosos”*<sup>48</sup>.

El padre Lamy hizo tocar la tercera campana, llamada la *campana angélica*. Y él dice: *Hay quienes me llaman la campana angélica, porque llamo a los ángeles protectores de los hogares y recomiendo a sus cuidados a los niños recién nacidos*<sup>49</sup>.

El conde Biver nos asegura: *El ve a los ángeles en la capilla, en la habitación, en la calle, aunque no todos los días. Y dice: A veces yo les respondo a sus palabras y la gente en la calle piensa: “Mira cómo murmura”. La gente no sabe a quién hablo... En ocasiones, cuando estoy muy cansado, para salir a hacer algo, los invoco y ellos me iluminan con su luz y me siento consolado*<sup>50</sup>.

---

<sup>47</sup> Evangelizando, p. 20.

<sup>48</sup> Apuntes, p. 1685.

<sup>49</sup> Apuntes, p. 1652.

<sup>50</sup> Apuntes, p. 1629.

## CUARTA PARTE

### DONES SOBRENATURALES

#### CARISMAS

##### a) AGILIDAD

*Los santos ángeles me han ayudado muchas veces cuando estaba extenuado de cansancio y me han llevado de un lugar a otro, sin entender nada de eso. Decía: “¡Dios mío, qué cansado estoy!”. Estaba en la parroquia, lejos, a veces en la noche y me encontraba transportado de improviso a la plaza de San Luciano. Cómo sucedía, no lo sé<sup>51</sup>.*

##### b) HIEROGNOSIS

*Es la capacidad de conocer las cosas sagradas o bendecidas de las que no lo son. Dice el padre Lamy: *Generalmente veo las sagradas especies (de la Eucaristía) rodeadas de luz. Siento una dulzura y una suavidad extraordinaria. Es algo celestial. Es el efecto de la presencia de Nuestro Señor. Siento también la presencia de mi santo ángel que me asiste*<sup>52</sup>.*

##### c) VISIÓN DE JESÚS

*Era un domingo del mes de septiembre durante las vacaciones. Yo estaba en el patronato con los jóvenes. Vigilaba las frutas que me servían para recompensar a los niños. Vi una banda de ladrones. Me había acostado en el pasto. Tenía noventa y seis metros de largo. Tomé el rastrillo, que estaba arriba. Me levanto y corro como sabía todavía correr, alzando el bastón del rastrillo y gritando: “¡Pillos, esperen un rato!”. Levantaba mi rastrillo. No quería hacerles daño. “¡Ya van a ver!”. Cuando llegué al muro de la calle, Nuestro Señor estaba ahí, en la cruz, aquí, un poco más lejos, donde usted está ahora. Los muchachos desconcertados y yo también. Es ahí donde Nuestro Señor apareció: No quiso que golpee. Eran de la casa de la familia R., unos rojos, los más comunistas que hay. Los escuché que gritaban: “¡El Jesús! ¡El Jesús, que está con el cura!”. Varios de ellos lo vieron, sin duda. Y seguían escapándose.*

---

<sup>51</sup> Evangelizando, p. 165.

<sup>52</sup> Ib. p. 141.

*Estaba casi descuartizado, los brazos, estando en escuadra con el cuerpo, bien derechos. En la cabeza tenía como una zarza de espinas, como una canasta invertida. Era un gorro de espinas. ¡Qué atrocidad! Tenía los dos pies uno encima del otro. En cuanto a la corona, debían haber colocado varias ramas juntas. Llevaba una tela gris alrededor de los riñones, pero el nudo de la tela estaba detrás de la espalda, no en el costado.*

*El Sábado Santo, en 1914 o 1915, vi a Jesús en cruz, su cruz plantada contra el altar (el altar mayor de La Courneuve), del lado del Evangelio. Los chicos hacían ruido: era casi la anarquía. Golpeé en la madera del altar para hacerlos callar y, al girarme, vi a Nuestro Señor en la cruz. Parecía decirme: “No tienes paciencia. Mira lo que estoy soportando”. Nuestro Señor se quedó durante el “Magnificat” de la misa del Sábado Santo. Estaba vivo. No dijo nada<sup>53</sup>.*

#### **d) VISIÓN DEL FUTURO**

*Después del Credo, la Virgen me habló de la guerra con mucho dolor: “Será lenta en encenderse, abrazará a toda Europa, abrazará el universo entero. Habrá alrededor de cinco millones de hombres muertos, pero —dándose vuelta hacia Lucifer— a pesar suyo, salvaré a muchos”. La santísima Virgen se dio vuelta a medias hacia mí y el fondo de la iglesia se cubrió con una nube blanca, que se abrió. La pared desapareció y ahí vi una ciudad con un río inmenso, creo que es Belgrado. Vi cuadros de la guerra. Tuve una sensación extraña: me sentía bien en la iglesia, pero al mismo tiempo transportado lejos de la iglesia, no me pude dar cuenta bien de todo esto. Me di cuenta perfectamente de la gracia que me daba la santísima Virgen, al mostrarme esos países. Ella me hizo recorrer un país inmenso. Aquí le doy explicaciones muy incompletas: no encuentro los términos apropiados para estas cosas. He visto buques de guerra con chimeneas enormes. Vi los paisajes; y, más tarde, me di un trabajo bárbaro para ubicarlos, pero no fue posible para todos. Se ven ríos, montes, el mar: ¿cómo ubicarlos en mapas? Todo no ha terminado. Hay escenas que no he visto desarrollarse<sup>54</sup>.*

#### **e) PROFECÍA**

*El conde Biver le preguntó un día: ¿Usted sabe cuándo morirá? Él inclinó la cabeza afirmativamente y dijo: “Yo me he visto muerto, extendido sobre el lado izquierdo, porque sufro del corazón”<sup>55</sup>.*

---

<sup>53</sup> Ib. pp. 146-147.

<sup>54</sup> Ib. p. 107.

<sup>55</sup> Apuntes, p. 713.

## f) CONOCIMIENTO SOBRENATURAL

El padre Lamy conocía el estado de las conciencias. Afirma: *El estado de los que me rodean lo conozco muchas veces, pero no absolutamente siempre. Toco la puerta de las almas: no tengo la pretensión de abrir. Un sacerdote de mis buenos amigos decía que es un deber para nosotros subir al compartimento del tren donde hay más gente, para sembrar unas buenas palabras. Si trato siempre de empezar la conversación con mis compañeros de ruta, no es —usted lo sabe bien— por el placer de charlar. En tres ocasiones, creo haber devuelto almas por el buen camino. Eso me ha costado también varias humillaciones, pero las injurias, ¡no me importan!*

*A veces, cuando Nuestro Señor envía su luz, uno ve claro en un alma como en el breviario, cuando se lee. Se lee de la misma manera. Con frecuencia un alma pertenece tanto a Dios, que es visible como el hierro o la madera: esto es hierro; esto es madera. No hay error posible. Otras veces Nuestro Señor no envía su luz; entonces es la neblina. Tiene sus motivos para enviarla o no enviarla. Ver las almas, es un don que no lo deseo. ¡Nada más pesado que este don!, pero no siempre, gracias a Dios. ¡Hijos míos! ¡En ocasiones, he tenido grandes tristezas! Cuando veo almas a quienes deseo todo lo mejor, y se parecen a palos secos, me digo, de algunas: “Entraron en la casa de Dios, y se fueron; ¿con qué provecho?”. ¡Cuántas veces he pedido a la santísima Virgen no verlo, no constatarlo!*

*En cuanto al olor del pecado, no sé si todos los sacerdotes son como yo. Las mujeres pueden ponerse los mejores perfumes y los más fuertes, lo siento a pesar de todo. Es un olor que se siente interiormente. La semana pasada, vino aquí una mujer muy elegante, que no conocía. Ella me traía dinero para Nuestra Señora del Bosque. Aprecié el gesto, pero ella olía tan fuerte a pecado que su presencia me fue penosa. Volvió y me sentí liberado físicamente, cuando se fue. Este mal olor me molestó por largo tiempo<sup>56</sup>.*

---

<sup>56</sup> Evangelizando, pp. 198-199.



## **g) LUCHA CONTRA EL MALIGNO**

*Lucifer es alto, con un rostro bastante hermoso, enflaquecido, barbudo. Tiene ojos feroces, fulgurantes, el pelo rubio, una barba rizada bastante corta. Tiene la estructura de un hombre fuerte, de gran tamaño. Está vestido con un vestido blanco, una especie de túnica antigua, que le llega hasta la mitad de la pierna. Incesantemente suben llamas, serpenteando a lo largo de su cuerpo y de su ropa, a través de su barba, desde los pies hasta encima de la cabeza, llamas de dos clases que parece que se le pegan: las más numerosas son negras como resina que quema; las otras son lenguas de fuego común, como el de la lámpara. Sufre en silencio y no grita. Eso no impide sus movimientos. Yo lo llamo el gran "Chamuscado". Cuando lo veo rodeado de llamas, o más bien, cuando la santísima Virgen tiene la bondad de dejarme ver su rostro rodeado de llamas, entiendo los sufrimientos terribles, terribles de Lucifer.*

*La santísima Virgen lo domina, pero nosotros somos un grano de arena delante de él. Dios le dejó el extraordinario poder de un arcángel, poniéndole, sin embargo, algunos límites; pulverizaría en un instante, si no, el mundo entero. Usted no se imagina la fuerza de un arcángel. La naturaleza de estos espíritus, aún caídos, ¡es tan admirable! ¡Nuestro pensamiento les es escondido, pero lo captan fácilmente! ¡Qué desprecio tiene por aquellos que sucumben en sus tentaciones! Nunca he visto a alguien burlarse como Lucifer se burla...*

*Odia al sacerdote, representante de Jesucristo. Dice: "Cuando un alma deja de rezar, la considero como mía". Lucifer me dijo: "Deje de rezar y dejaré de atormentarlo". Puede decir lo que quiera, no dejaré de rezar. Rezaría solamente para ponerlo furioso, si no tuviera el amor de Dios. La recitación del santo rosario, molesta mucho a Lucifer. Es el enemigo declarado del rosario.*

*En La Courneuve, ¡he tenido tantas disputas con Lucifer! Un día, yo alumbraba los candelabros, a cada lado del altar; había puesto en los receptáculos pedacitos de velas que sobraban del domingo. Aquellos que juntaba por todas partes en la iglesia, me servían para una misa, a veces para dos. Ya tenía colocados los ornamentos, me faltaba nada más que ponerme la casulla. He aquí a Satán ante mí, del otro lado del altar. Estaba allí para burlarse de frente, probablemente. ¡Él sabe que no somos hermanos! Viendo que me estaba tomando el pelo, me enojo y le digo en su cara: "¡No celebro misa esta mañana!". Entonces la voz grave de Nuestro Señor, saliendo del sagrario, me reprendió con esta palabra: "¡Celebre!". Se reconoce bien la voz de Nuestro Señor y me inclino por supuesto delante de su voluntad.*

*El demonio me molesta muchas veces. En la sacristía de la Courneuve me impedía leer el breviario: se hacía el caballo, el perro, el lobo, el ratón.*

*Golpeaba los vidrios. Mi sacristán decía: “Van a romper todas los vidrios”. Le contestaba: “Deje que estos chicos jueguen a la pelota”. ¡Y un estruendo! ¡Y pum! El sacristán corría afuera, creyendo que podía impedir que golpearan los vidrios*<sup>57</sup>.

*Cuando uno camina rezando el rosario, no hay nada que temer. Podéis caminar con toda confianza. No hay nada que temer, rezando el rosario. La Virgen envía algunos ángeles para protegernos, si hay algún peligro*<sup>58</sup>. *Sin los ángeles, no se podría rezar. Los ángeles alejan a los demonios*<sup>59</sup>.

*Cuando yo era vicario, llevé un día el santo Viático a una casa donde había espiritistas. Las lámparas se apagaron y todos huyeron. Era en la avenida Batignolles. Y subí al piso superior de la casa y, cuando puse mi pie en el rellano, comenzó el alboroto. Todas las lámparas se apagaron y todos se fueron como conejos. Yo di el Viático tranquilamente. Todos me vieron y comprendieron que, cuando el Buen Dios está allí, es necesario que se vaya el demonio*<sup>60</sup>.

*Un día el padre Lamy vio llorar al demonio, diciendo a la Virgen: “Usted ha sido la causa de mi ruina”. “Eso fue hace muchísimo tiempo”. Y el padre Lamy añade: “Se dice que una tercera parte de los ángeles se rebeló contra Dios”*<sup>61</sup>.

Afirma el padre Lamy: *¡Qué odio tiene el demonio a la Virgen María!* Se refiere a que, cuando Dios le reveló a Satán, antes de la creación del universo, que la Virgen sería concebida inmaculada y sería la madre de Jesús y la reina del universo, tuvo envidia y se rebeló contra Dios, porque no podía aceptar que una criatura humana, inferior a él en naturaleza, pudiera ser más grande que él.

---

<sup>57</sup> Ib. 171-174.

<sup>58</sup> Apuntes, p. 1070.

<sup>59</sup> Ib. p. 1015.

<sup>60</sup> Apuntes, pp. 1366-1367.

<sup>61</sup> Ib. p. 800

## QUINTA PARTE EL FIN DE SU VIDA

### ÚLTIMOS AÑOS

*La salud del Padre Lamy se había debilitado mucho y su vida había desmejorado: en 1923, pidió su jubilación, temiendo que, si se quedaba en la parroquia, la pondría en peligro. Le faltaba fuerza para sostener activamente las obras que había creado y llevado a un estado de gran prosperidad. Desde entonces, pasó el invierno en la enfermería Marie-Thérèse, calle Denfert-Rochereau, y el verano en Le Pailly, en compañía de su hermana y su cuñado. Con el dinero dejado por sus padres, habían edificado una pequeña casa enfrente de la antigua, donde había bastante espacio para tres o cuatro personas.*

*Así, con un trabajo más suave, restableció su salud. La operación de catarata del 23 de marzo de 1924, hizo que recobrara la vista del ojo izquierdo. En su estadia anual en París realizaba algunos viajes a casa de sus amigos; iba a veces a celebrar misa en Meudon, y al principio de la primavera hacía una estadia en Chartres, contento de ir a rezar a Nuestra Señora de Sous-Terre <sup>62</sup>.*

*En París e incluso en Le Pailly, una muchedumbre de visitantes lo molestaba incesantemente, atraídos por su reputación de santidad y por los prodigios que se le atribuían. A alguien que le preguntaba sobre qué le pedía tanta gente, respondió: “Ah, señora, toda clase de cosas materiales y muy pocas espirituales. Los comerciantes, que les comprenden su mercadería. ¡Y luego, toda clase de cosas! ¡Las enfermedades, la cabeza, los dientes, los pies! ¡Y muchas otras cosas más!...*

*Hace algún tiempo, vino una señora a verme: “Mi hija está loca desde hace dos años. Quiero que sea sanada”. Insistía e insistía. La verdad es que me tenía cansado. No sabía cómo desprenderme. “¡Me hace falta esta curación, padre!” —“¡Bueno! ¡Agárrela, señora!, le dije para sacármela de encima, vaya, se sanará dentro de seis meses”. La santísima Virgen me tomó la palabra: seis meses después, había sido sanada <sup>63</sup>.*

*Y continúa el conde Biver: Cuando no se hallaba ni en la capilla, ni en el oratorio donde solía celebrar misa, ni en su dormitorio, uno estaba casi seguro de hallarlo, rezando su rosario en el fondo del jardín, hiciera el tiempo que hiciese. Uno venía a buscarlo para un consejo, otro para una confesión, otro*

---

<sup>62</sup> Evangelizando, p. 177.

<sup>63</sup> Ib. pp. 177-178.

*más para llevarlo a la casa de un enfermo. Él mismo, cada miércoles, iba a la calle Ulm para adorar el Santísimo. A veces, iba a la basílica del Sagrado Corazón, a Nuestra Señora de las Victorias, a las capillas de la calle du Bac y de la calle de Sèvres.*

*En Le Pailly, el padre Lamy estaba menos acosado. Cultivaba su huerta, rezando a lo largo del día. Iba varias veces por semana a Nuestra Señora del Bosque, pocas veces a pie, porque el camino es largo, pero sí con su carro tirado por un burro, o con los coches de los peregrinos, o bien con el camión del lechero de Grenant, que pasaba a recoger la leche por las aldeas de alrededor. Estas visitas a Nuestra Señora del Bosque lo llenaban de gozo. Allí celebraba misa varias veces al año. A la misa de junio venía mucha gente, sobre todo de París y La Courneuve. El domingo de la octava de la Natividad (de la Virgen) cantaba las Vísperas en Nuestra Señora del Bosque ante una feligresía que alcanzaba a veces ochocientas personas; al día siguiente, con un grupo de peregrinos, que variaba entre cuarenta y cincuenta personas, iba a Gray y celebraba misa, recordando el 9 de septiembre de 1909. Cuando iban a agradecer al padre Lamy por las gracias recibidas o las curaciones, les sugería enviar una nota o los certificados médicos al párroco de Violot, en cuya parroquia se levanta la capillita de Nuestra Señora del Bosque<sup>64</sup>.*

*Él nos dice: Hace poco (16 de enero de 1924) vino a mí un caso interesante: una chica de dieciocho o diecinueve años, que había perdido todos sus dientes, los de adelante. En su caso, todo se había picado y estaba negro. Era muy incómodo para ella. Fue a Nuestra Señora del Bosque y bebió de la fuente. El agua de la fuente tenía ya alguna reputación: ¡No ha perdido nada de sus virtudes con la llegada de la santísima Virgen! Los dientes comenzaron a crecer nuevamente y siete, ocho meses después, me mostró todos los dientes de su mandíbula superior, que habían vuelto a crecer. Le dije: “¿De qué le sirven esos dientes? Usted no puede comer. Vuelva allá y pida a la santísima Virgen los dientes de abajo”. Ella volvió allá, y todos los dientes de la mandíbula inferior volvieron a crecer. “Doctor, se la enviaré y usted verá”. En cuanto a mí, vi ahí una nueva dentadura que me pareció muy linda...*

*He visto la Virgen Inmaculada en el vestíbulo, cuando las transformaciones no estaban aún hechas. La he visto detrás de su imagen, junto a mí, a un metro. Fue durante las obras. Primero me sorprendí. No de ver a la santísima Virgen así, porque ya la había visto con ese aspecto, pero de verla en ese momento, tan de repente.*

---

<sup>64</sup> Ib. pp. 178-179.

*La otra vez, fue durante la guerra, en febrero, creo, del 1915. Yo le llevaba una pequeña corona que alguien me había dado para su imagen. El párroco de Violot trajo un globo, que está ahora en el armario. Este globo provenía de la iglesia de Palaiseul. La Virgen (de madera) estaba sobre el altar, pero la gente la tomaba en las manos y la pintura dorada se descascaraba. Entonces pusimos la imagen debajo del globo: era bastante largo para la Virgen, pero no para la pequeña corona. Lo teníamos cerca para ponerla encima de la imagen. Me dice el párroco de Violot: “El globo no es bastante grande para cubrirla”. Le digo: “¿No es bastante grande? ¿Cuánto hay que alargarlo? Voy a rezar”. La santísima Virgen recibió mi oración y el globo se alargó como había dicho el párroco de Violot. Ahora hay una pequeña curvatura: hay que estar al sol para verlo. Antes, era perfectamente redondeado. Me hubiera dicho (el párroco de Violot): “¡Toda la mano!”, pero dijo: “Tres dedos, será más que suficiente”. Y le dije: “¿No podías decirme: toda la mano?”. La santísima Virgen no la alargó más de lo que yo había pedido y, con la corona, andaba justito, justito.*

*La parte superior de la corona tocaba el globo después de su alargamiento. Él me dijo (refunfuñando): “¡Lo va a alargar como un tubo de estufa!”. No quise pedir un segundo alargamiento a la santísima Virgen. Nos peleábamos. El párroco de Violot estaba ahí en una silla, limpiando el globo. Me había dicho: “Limpie la imagen que está encima del altar, porque está blanca de polvo”. Saco de mi bolsillo un pañuelo limpio, y limpio la imagen sin ver ese polvo, que debía ser muy fino. En ese momento, siento que paso el trapo sobre el rostro de una persona. Dejo la imagencita y me inclino profundamente delante de la Virgen y el Hijo. Se siente bien la diferencia de tocar un pedazo de madera y un rostro humano. La santísima Virgen estaba ahí, sonriendo: Ella había escuchado la discusión. Se habrá dicho a sí misma: “He aquí dos viejos que se pelean”. El Hijo sonreía<sup>65</sup>.*

*El conde Biver refiere: El 19 de noviembre de 1924 sucedió otro prodigio. Era miércoles en la noche, a las diez menos cinco. Regresamos a casa del padre Lamy. En el comedor estaba su lámpara encendida y mi portavelas puesto al lado. El señor y la señora Vauthelin (cuñado y hermana del padre Lamy) estaban acostados. Una vez que nuestros abrigos y sombreros estuvieron colgados en el vestíbulo, como el padre estaba visiblemente cansado, tomé las dos luces para subir la escalera. Al llegar al descanso del primer piso, él me deseó una buena noche y me dijo sonriendo: “Vamos a rezar para que el padre M... sea nombrado en tal puesto. Rece también por ello”. Le devuelvo su lámpara y le estrecho la mano en el umbral de su dormitorio.*

---

<sup>65</sup> Ib. pp. 179-181.

*A las diez y cuarto, estoy en cama y apago la luz. Transcurren tal vez dos o tres minutos y, a través de las dos puertas, que son livianas, escucho una conversación animada en el dormitorio del anciano sacerdote. Tres voces de hombres toman parte, nítidas y distintas a más no poder en el silencio absoluto de la noche. Este fenómeno me intriga inmediatamente muchísimo y entiendo toda la importancia de esto. A pesar de la temperatura muy baja, me siento sobre mi cama para escuchar mejor. Ningún ruido en el dormitorio de los esposos Vauthelin. Por otra parte, nadie ha subido por la escalera desde que subí. Los escalones de pino son tan livianos y la casa tan sonora que, desde mi dormitorio, distinguiría los pasos de un ratón. Por otra parte, veinte minutos antes, al despedirme del anciano en el umbral de su dormitorio, vi aquello libre de todo ocupante.*

*El padre Lamy hablaba de tanto en tanto, respondiendo a un interlocutor cuya voz era nítida, cálida, de un timbre muy viril y agradable, que se expresaba sin el menor acento y en un tono afirmativo. Escucho algunas sílabas, pero no logro entender ni una sola palabra de las que pronuncia. Por discreción, no me atrevo a dejar mi cama para ir a escuchar a la puerta. El tercer interlocutor tiene una voz un poco más sorda y, por eso, menos agradable, pero perfectamente normal; habla con mucha más moderación; sus palabras son más escasas y dichas con un tono menos perentorio. Mi huésped se expresa con voz muy alta: el diapasón de su voz es intermedio entre el primero y el segundo de sus interlocutores. Tengo una buena memoria de voces; la más fuerte y armoniosa me recuerda la de un hombre que conocí vagamente hace mucho tiempo, uno de los hijos de Lord N... La otra voz es absolutamente común. No queriendo intervenir de ningún modo y sintiendo mucho frío, me vuelvo a acostar. Por otro lado, ni sentado, ni acostado, distingo las palabras, pero escucho muy claramente el acento de tres interlocutores. Se expresan todos en francés; una sola voz tiene el sabor del campo, la del padre que arrastra las “a” y algunas sílabas. Después de siete minutos más o menos, la casa retorna al silencio absoluto de la noche...*

*Al día siguiente por la mañana, a las cinco y cuarenta y cinco, me encuentro con el padre Lamy que baja por la escalera. En el camino a la iglesia, le pregunto: “Padre, ayer por la noche, después de decir buenas noches, usted habló. Escuché también otras voces... ¿Eran los santos ángeles?”. Sonríe y me contesta: “Puede ser, son el consuelo de la noche”.*

*Durante la mañana, pregunto a la hermana del padre Lamy; pero ella durmió toda la noche, como su esposo, y ni siquiera nos escuchó regresar por la noche. A otras preguntas que le hago durante el día, mi huésped me confirma que escuché las voces de san Gabriel y de su ángel custodio: “Pero, dice, las escucho tan fuerte una como otra. Depende de la manera en que ellos han*

*querido hacerse escuchar por usted y también, creo, de su alejamiento. Cuando el santo arcángel quiere hablar en confidencia, habla bajo. No diga nada de estas cosas hasta que yo haya pasado el puente del más allá”*<sup>66</sup>.

Y el padre Lamy manifiesta: *No damos a los ángeles la importancia que tienen; ¡no les rezamos lo suficiente! Los ángeles están muy contentos cuando les rezamos. Es muy útil rezar a los ángeles.*

*A nuestros ángeles custodios, no les rezamos bastante. ¿Qué hacemos por ellos? Una oracioncita por la mañana, una oracioncita por la noche: ¡nada más! Su misericordia es muy grande para con nosotros, y a menudo no la usamos lo suficiente. Nos miran como a hermanos menores indigentes; su bondad para con nosotros es extrema.*

*Nadie es fiel como un ángel. ¡Qué memoria! Todo lo recuerda. Te cuenta lo que hiciste hace diez años atrás como si fuera ayer*<sup>67</sup>.

La vida del padre Lamy fue una vida fructífera llena de intervenciones angélicas. Él nos confirma con su vida esta dimensión de nuestra fe católica.

Murió el 1 de diciembre de 1931 en casa de Paul Biver, adonde había ido a ver por caridad a una enferma y a unos ancianos indigentes. Le dio una crisis cardíaca fulminante y se murió en pocos minutos, después de haber confiado su alma a María y a san Gabriel, sus protectores bien amados. Dos días después, lo enterraron en medio de una gran muchedumbre en el cementerio de La Courneuve.

## LA CONGREGACIÓN

El padre Eduardo Lamy fundó la Congregación de los servidores de Jesús y María para gloria de Dios y santificación de las almas. La primera idea de fundar una Congregación se la dio la misma Virgen María. Dice: *Ella me anunció la guerra, me habló de mi infancia, fundó la peregrinación de Nuestra Señora del Bosque y me dijo que deseaba una nueva Congregación. Condenó con gran energía al modernismo y me defendió contra Lucifer. Estaba vestida con un traje azul, con un velo blanco, las mangas apretadas en los puños, y los pies descalzos. Su traje subía hasta debajo del mentón. Todo era perfecto en ella y miraba con unos ojos tiernos, llenos de bondad maternal*<sup>68</sup>.

---

<sup>66</sup> Ib. pp. 161-163.

<sup>67</sup> Ib. p. 163.

<sup>68</sup> Evangelizando. p. 105

*El objetivo de la Congregación es la santificación personal de los religiosos por los tres votos y la recitación diaria del Oficio... En una palabra, una vida compartida entre el coro y las obras dedicadas a la recristianización de la juventud, no con la instrucción, sino con la educación religiosa. No hay ayunos especiales. Las fiestas, que serán celebradas con un resplandor especial por la Congregación, son las de la Virgen y las de los santos ángeles. El hábito de los religiosos le había sido mostrado al padre Lamy en una visión <sup>69</sup>.*

*Los miembros de su Congregación aprovechan los tiempos libres para hacer una visita al Santísimo, sabiendo que una pausa de adoración verdadera es más fecunda que cualquier otra actividad, incluso apostólica. Honran a la Virgen María como a su Madre y Reina, y cada día recitan juntos el rosario. La fiesta principal de la Congregación es la del Corazón Inmaculado de María, festejada el 16 de enero. Cuando sean más numerosos, esperan establecer en sus casas la adoración perpetua <sup>70</sup>.*

*El 25 de junio de 1930, la Sagrada Congregación de los Religiosos otorgaba la autorización solicitada y el 21 de julio, el arzobispo redactaba y registraba en su Cancillería el Acta solemne de erección de la “Congregación de los servidores de Jesús y María”, con el padre Lamy como Superior general y Nuestra Señora de Chambourg como Casa madre. Escribía el 22 de julio: “Estoy feliz de mandarle con esta carta una copia del rescripto de la Sagrada Congregación de los Religiosos, autorizándome a formar la Congregación religiosa diocesana de los Servidores de Jesús y María.*

*Ya estamos en regla de todas maneras. Mi visita a Chambourg me ha dado la más grande satisfacción. Estos jóvenes me han dejado la mejor impresión. Espero que Nuestro Señor bendiga la fundación y el futuro de los servidores de Jesús y María. Cordialmente.*

*Poco después, el Superior general dejaba su casa de Le Pailly para tomar la cabeza del pequeño rebaño. Dos de los candidatos habían venido a buscarlo. En Gray, veintiún años antes, la Virgen le había anunciado las penas de sus últimos meses. Renovó entonces sus lúgubres presagios a su fiel servidor.*

*La imagen de la Virgen de la Dulce Sonrisa lloró. Ellos (los dos postulantes que vinieron para acompañarlo) veían la imagen y yo, un poco más. Nunca he visto la santísima Virgen tan triste y su velo teñido de negro, totalmente negro. Era la primera vez que la veía así, como a una hermana*

---

<sup>69</sup> Ib. p. 186.

<sup>70</sup> Ib. p. 221.



visitandina. Lloraba sobre las desgracias futuras de la Comunidad. Lloraba sobre el universo.

F. y J-P llegaron (la tarde del lunes 22 de septiembre de 1930). Me saludaron muy amablemente. Dije: “Voy a cortar una lechuga para la cena”. Mientras estaba inclinado sobre las lechugas, fui llamado por uno de los jóvenes, que me dijo: “Padre, mire: ¡la santísima Virgen llora!”. Me levanté y, mirando la imagen, no vi nada anormal. El joven insistió: “Mire: le digo: ¡la santísima Virgen llora!”. Di un paso fuera del cuadrado de lechugas y me acerqué a la imagen; entonces, vi lágrimas abundantes que caían de los ojos de la imagencita y se deslizaban sobre su pecho. Las lágrimas parecían cavar el bronce de la estatua y se derramaban hasta la cintura. Luego, vi a la santa Madre de Dios delante de su imagen, revestida de un velo negro, llorando. Ella aparecía en una nube hasta ahí (abajo del pecho). Puse mis dos manos para comprobar si había alguna ilusión. A Ella, nuestras precauciones no le parecieron inconvenientes. Sobrecogido de dolor, no pude menos de decirle: “Santa Madre de Dios, ¡nunca te he visto tan triste!”. Le hablé. Escuchó lo que le decía. Era una aparición para nosotros, para los nuestros. Me dijo una vez: “Tus últimos días en la tierra serán muy penosos, pero yo estaré ahí”. ¡Sean penosos tal como ellos lo quieran, ella y su divino Hijo! Si la Congregación fracasa en un momento, se levantará por las buenas o por las malas: debemos tener coraje <sup>71</sup>.

A principios del año 1931 las cosas estaban muy difíciles para la naciente Congregación y se despidieron a los últimos postulantes y novicios. Él manifestó: “Mi ángel custodio, que vino con san Gabriel, me dijo que cediera a la tormenta... La santísima Virgen, hablando de la Congregación, había dicho que habría una analogía con la pasión de su Hijo, hablando de traiciones y abandonos. Para mí ha sido la prueba más dura de mi vida <sup>72</sup>.

Hoy la Congregación de los siervos de Jesús y de María está en Alsacia, Brasil y Argentina con unos 50 religiosos en total.

---

<sup>71</sup> Ib. pp. 190-191.

<sup>72</sup> Ib. p. 193.

## CONCLUSIÓN

Después de haber leído las maravillosas experiencias sobre la Virgen María y los ángeles, expresadas en este libro, podemos glorificar a Dios por fortalecer nuestra fe en la existencia del más allá. Precisamente en estos tiempos, en que hay tantos ateos o tantos que viven al margen de Dios, es necesario realzar estas experiencias para que nuestra fe se refuerce y seamos testigos de Dios en el mundo para los que no tienen fe o la ponen en duda.

El padre Lamy fue un sacerdote católico santo, aunque todavía la Iglesia no lo ha declarado como tal. Vivía con profundidad la presencia de Jesús en la Eucaristía. Esto se apreciaba, cuando celebraba la misa con tanto fervor, pues lo acompañaban los ángeles, que se hacían visibles a sus ojos.

La Virgen María era su buena madre, que siempre lo defendía junto con los ángeles, de la presencia del demonio. Y él, como buen párroco, trabajaba por veinte, confesando, llevando la comunión y la unción a los enfermos, atendiendo a los moribundos y, sobre todo, orando por todos, incluso por aquellos que lo despreciaban por ser sacerdote. Durante la primera guerra mundial, su trabajo fue muy duro, atendiendo a los soldados heridos y enterrando a los muertos. En estas tareas pastorales le ayudaban los ángeles, ya que por su mala vista necesitaba luz y guía en algunas ocasiones. Los ángeles hasta le trasladaban de un lugar a otro en un instante o le iluminaban el camino.

Que la lectura de este libro nos sirva para mejorar nuestra fe y sentir el deseo de compartirla con todos los que nos rodean.

Que Dios te bendiga, amado lector, por medio de María. Y no te olvides que tú también tienes un ángel bueno, que siempre te acompaña y te guía por los senderos de la vida.

Tu hermano y amigo del Perú.  
P. Ángel Peña O.A.R.  
Agustino recoleto

&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&&

Pueden leer todos los libros del autor en  
[www.libroscatolicos.org](http://www.libroscatolicos.org)

## BIBLIOGRAFÍA

- Biver Paul, *Apôtre et mystique, le Père Lamy*, Ed du Serviteur, 1966.  
Biver Paul, *Padre Eduardo Lamy, Evangelizando periferias*, Ed. du Serviteur, Santa Fe (Argentina), 2014.  
Corona Irene, *Angeli come guida*, Ed. Segno, 2010.  
Lamy Juan Eduardo, *Escritos espirituales y pedagógicos*, Oro verde (Entre Ríos-Argentina), 2015.  
Leblanc Paulette, *Jean Edouard Lamy, Le curé de la Courneuve*, Alex-Difusion, Reims.  
Père Jean Édouard Lamy, *Écrits spirituels et pédagogiques*, Ed. du Serviteur.  
Père Jean Édouard Lamy, *Prières et textes*, Ed. Bénédictines.  
Stanzione Marcello, *Gli angeli di padre Lamy*, Ed. Villadiseriane, 2010.  
[www.serviteurs.org](http://www.serviteurs.org)

&&&&&&&&&&&